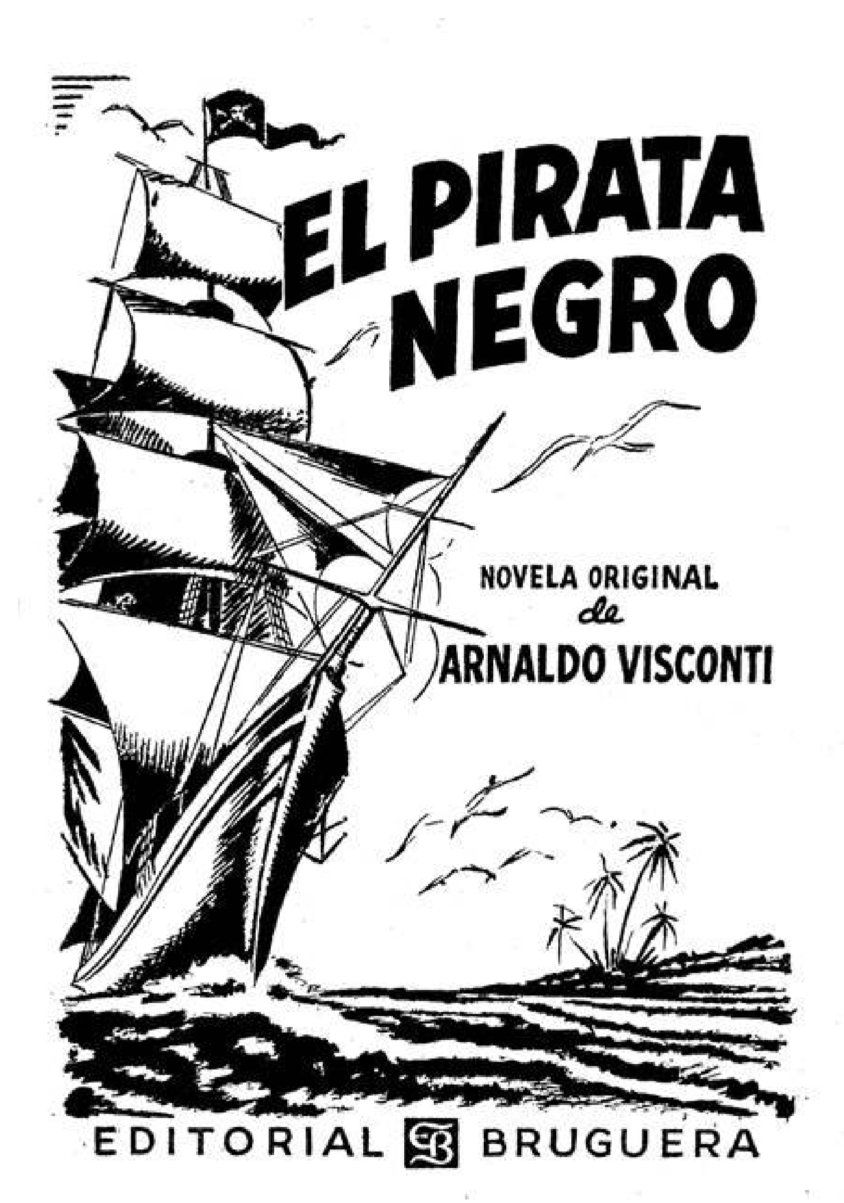
EL PIRATA NEGRO

CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO

PROVENSAL

3 PTAS

INTRIGA MACABRA



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Intriga macabra

Colección El Pirata Negro n.° 38

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1947


INTRIGA
MACABRA

CAPÍTULO PRIMERO

Historia de un crimen

Los alrededores de la famosa prisión del Chatêlet nada tenían de rientes ni invitadores. Era un sórdido conjunto de murallones grises, callejones en pendiente y mal empedrados, flanqueados por escasas construcciones donde tan sólo moraban proveedores de la guarnición y familiares de los carceleros.

Pero para el capitán Roger Grinhon el conjunto de los edificios que rodeaban la vetusta fortaleza del Chatêlet no tenía apariencia ni estilo. Eran simplemente accidentes naturales por donde desde hacía dos años, transitaba forzosamente, cada cuatro días, al frente de sus veinte mosqueteros para relevar la guardia exterior de la prisión.

Tampoco las alteraciones climáticas de las estaciones influían en su personalidad ni le servían para fáciles comentarios: el capitán Roger Grinchon se limitaba a no ceñir su cuerpo con lanas en verano y a hacerlo en invierno, cubriendo además con una pelliza la hermosa cruz de Lorena que ostentaba en el peto de su uniforme.

Pero en aquel amanecer de otoño y dirigiendo marcialmente los pasos rítmicos y aplomados de sus veinte mosqueteros, no sentía aún la .necesidad de emplear la pelliza. Quizá el aire era algo cortante, pero el único orgullo del capitán Grinchon era la cruz que ostentaba en el pecho.

Era su única obsesión, y por ella, vivía y sólo en ella pensaba desde sus quince años, cuando entró en la Guardia Real alistándose como educando corneta, hasta los treinta y ocho que ahora gallardamente realzaba con sus insignias de capitán.

Roger Grinchon no era más que un hombre entregado en cuerpo y alma a cumplir metódicamente, como un reloj bien construido,

todos los actos rutinarios del servicio de las armas.

Se le reprochaba carencia de iniciativa, pero en cambio se le reconocía un tesón inigualable para llevar a cabo la orden que recibiera, fuera la que fuese.

Relevó ateniéndose escrupulosamente a la rutina más meticulosa, y cuando se hubieron alejado los otros veinte mosqueteros salientes de guardia, Roger Grinchon recorrió los puestos, aunque de antemano sabía que por rutina también, sus hombres estaban impecablemente colocados en los lugares que les correspondían.

Instalóse en el cuerpo de guardia, teniendo a la vista al sargento y el retén de diez hombres. Doble era la misión del oficial que prestaba su servicio en la cancela de entrada a la prisión del Chatêlet.

Exigir los pases de los que salían, aunque por conocerlos, supiera ya sobradamente que eran cantineros o carceleros, y también ojear los pases de entrada de los mismos o de sus familiares.

La otra misión consistía en proceder a la detención de los personajes acusados por una orden dimanante del gabinete de vigilancia real, y encerrarlos en los calabozos de prevención, bajo su custodia directa durante el tiempo que durase su servicio de veinticuatro horas.

Cuando un mosquetero que llegaba a todo galope, refrenó su caballo ante la reja de entrada, y los dos mosqueteros centinelas cruzaron ante él sus espadas, Roger Grinchon adelantóse, abandonando su sillón del cuerpo de guardia.

Ya el jinete, saltando a tierra, presentaba un pliego arrollado que extrajo del cilindro que del cuello llevaba colgando.

—Orden urgente, mi sargento —dijo resoplando, y en postura de firmes.

El sargento cuadróse al ver acercarse a Grinchon.

—Orden urgente, mi capitán.

—Traed acá —dijo Grinchon tendiendo la mano.

El mosquetero presentó el pliego, cerrado en su extremo por una cinta de la que colgaba un sello lacrado en el que se dibujaba la flor de lis. Otro sello idéntico, mantenía cerrado el extremo de la cinta que rodeaba el rollo de papel.

Roger Grinchon rompió los dos sellos, rasgando la cinta, y el

pliego se desenrolló entre sus dos manos, que alzó ante el rostro.

Con solemne semblante, temblándole el mostacho de guías caídas, al moverse sus labios mientras en silencio pronunciaba las palabras, leyó:

> «Al señor capitán de los Mosqueteros del Rey, de guarnición en Le Chatêlet.
>
> URGENTE Y CONFIDENCIAL
>
> »Dada la personalidad de quien acaba de presentar grave denuncia contra un visitante español de nuestra corte, consideramos como cierto él hecho criminoso del que es acusado el español marqués d'Ávapié.
>
> »Citado a las siete de esta madrugada en el campo del honor, por el barón de Rochefort, acudió en compañía de un testigo, también español, pero se deshizo en vergonzosas excusas, que el caballeroso barón de Rochefort admitió, aunque haciendo objeto de su desdén al citado marqués.
>
> »Testigos por parte del barón fueron los señores vizconde de Laon y conde de Hirson. Media hora después de haberse separado de sus dos testigos el barón de Rochefort, fue hallado su cuerpo atrozmente mutilado, con vesania salvaje, cosido a puñaladas por la espalda.
>
> »Aunque aparecía desfigurado el rostro y el cuerpo estaba desangrado, fue reconocido por los citados conde de Hirson y vizconde de Laon, de quienes consta la descripción del marqués d'Avapié: alto, esbelto, de cabello rojo, y como señal también inconfundible una cicatriz que le surca la frente por su centro, desde el nacimiento del cabello hasta el entrecejo. Al dictar esta orden informa un veedor, que el referido marqués penetró en el establecimiento sito en la Rué Lépic, que tiene por nombre «Au Bon Viveur» y que está regentado por David Youpin.
>
> »Precédase a la detención del susodicho marqués, ingresándolo incomunicado en los calabozos de prevención de la fortaleza bajo su eventual y digno

mando.

»Dado en París, 5 de octubre de 1710.
»Cúmplase y dese parte.

»Coronel Jacques de la Fournaise»

Roger Grinchon a terminar la lectura, se cuadró, en mudo saludo al coronel firmante.

—Quedaos aquí —ordenó al mensajero—. Vos llevaréis a nuestro coronel mi parte de cumplimiento. ¡Sargento! Delego en vos el mando. Que forme el retén.

El suboficial reunió a los diez mosqueteros del retén, y Roger Grinchon se puso al frente de la escuadra; los hombres, formados de dos en dos, marcaron el paso tras él.

La larga zancada del capitán demostraba que tenía prisa, y sacrificaba en cierto modo la marcialidad del paso aplomado característico de los mosqueteros del Rey.

Entraban en la calle Lepic, cuando un lacayo que procedía de un edificio cercano, acudió corriendo:

—¡Favor, señor capitán! —gritó ahogándose de emoción y por la carrera miedosa—. ¡Se están matando! ¡Dos españoles en la bodega del Au Bon Viveur»!

—Allá vamos, mozo. Aparta —dijo Grinchon severamente—. No bailotees delante de mis botas. ¿Está en la casa el marqués español d'Avapié?

—¡Él es, señor capitán! ¡Él es quien en la bodega se está matando con los maestros de armas…

Roger Grinchon entró en el vestíbulo del «Au Bon Viveur», el establecimiento que unía a las riquezas gastronómicas de una cocina esmerada, los pasatiempos de una buena ala de esgrima y salas de juego, tres placeres muy apreciados por la joven nobleza parisina.

Desde el umbral vio que una mujer ascendía precipitadamente por una de las escaleras, y lanzado en pos de iba un desconocido —¡A la bodega!— ordenó Roger Grinchon repitiendo la medrosa señal con la que varios lacayos indicaban una puerta abierta en un rellano, en el que empezaba una escalera descendente.

Seguido por sus mosqueteros, llegó Grinchon a la puerta en el

mismo instante en que un individuo de rojos cabellos desordenados, tambaleándose como a consecuencia de un violento encontronazo reciente, intentaba llegar al vestíbulo.

Daos preso en nombre, del Rey! —vociferó Roger Grinchon, mientras cinco de sus mosqueteros asían por los brazos y los hombros al pelirrojo.

Diego Lucientes, aun no repuesto de los sobresaltos del rudo combate reciente y del disparo que a quemarropa le había hecho la judía Raquel Youpin, salvándole el Pirata Negro de una muerte cierta, tardó en hallar palabras con qué dominar la nueva sorpresa.

—¡No opongáis resistencia! —acotó fieramente el capitán mosquetero, mientras sus hombres empujaban al prisionero hasta el centro del vestíbulo.

Diego Lucientes miró hacia la escalera, y al ver aproximares a Carlos Lezama, gritó:

—¡Favor, señor! Una ola de locura se ha desatado en París...

El Pirata Negro acercóse a Roger Grinchon, que le daba la espalda. Tocóle en un hombro y al volverse el mosquetero, le saludó con breve inclinación.

—Decidme, señor capitán. ¿A qué obedece este alboroto?

Varios lacayos salían de la bodega; cada dos de ellos llevaban uno de los cuerpos exánimes de musculosos sujetos vestidos con las mallas de los maestros de armas.

—¿Quién sois vos? —inquirió Grinchon.

—Amigo del que está sujeto por vuestros mosqueteros, capitán. ¿Por qué está preso?

—Por orden real, acusado de reciente crimen.

Señaló el Pirata Negro el desfile de lacayos que conducían a los maltrechos maestros de armas. Cinco eran: dos de ellos estaban tan sólo heridos, uno en la rodilla cuya rótula sobresalía destrozada, y el otro sangrando por una equimosis del calvo cráneo. Los otros tres estaban muertos: uno aplastado bestialmente, y los otros dos atravesados por anchas heridas de arma blanca.

—Si este es el reciente crimen, detenedme también a mí, porque no hay crimen en repeler la agresión de esos cinco esbirros.

El capitán Roger Grinchon miró la comitiva fúnebre que se alejaba hacia los comedores. ,

—No me incumbe —dijo secamente—. He acudido para dar

cumplimiento a la orden que me exige la pronta detención del marqués d'Avapiés por el alevoso asesinato del barón de. Rochefort.

Diego Lucientes, inmovilizado por las manos de. los cinco mosqueteros, dos a sus espaldas, dos a su lado, y uno frente a él, dejó colgar el labio inferior boquiabierto.

Cario Lezama levantó los hombros, en evidente gesto de enojo.

—Un error lamentable, capitán. El barón de Rochefort se despidió de nosotros dos apenas hace una hora. Gozaba de excelentísima salud cuando le dejamos partir, acompañado por el conde de Hirson y el vizconde de Laon.

El capitán Grinchon hizo una señal, y los cinco mosqueteros que custodiaban estrechamente al madrileño le empujaron hacia la puerta.

Carlos Lezama con elástico movimiento, fue a interceptar el paso.

—Os pido excusas por interponerme en el camino de vuestros valientes soldados, capitán. Carlos Lezama es mi nombre. Acompaño al caballero, mi amigo, y os respondo de que no tratará da huir ni emplear violencias. Por lo mismo, aunque par el instante esté bajo una acusación (que fácilmente quedará desvirtuada) solicito que sea tratado como caballero que es. Custodia sin opresión. Favor que os pido, capitán.

—Cuadro —dijo lacónicamente Roger Grinchon. Entraba en el reglamento, que a prisionero que no intentara escapar, se le dejara libre de movimientos encerrándolo en una muralla humana.

Los diez mosqueteros separáronse de Diego Lucientes con una presteza que hablaba de larga práctica, colocándose en estratégica posición. Tres ante él, otros tres a sus espaldas, y dos a cada flanco.

—¡Cuernos quemados! —gritó de pronto Lucientes—. ¿Por qué mil diablos tengo yo que…

—Calma, estudiante —atajó el Pirata Negro—. Acusar es cosa de la que se abusa y nadie puede verse libre de caer bajo el peso de una calumnia. Irritarse a nada conducirá. Calma, y adelante, estás ahora entre galantes cumplidores de su deber, ¿no es así, capitán?

—Roger Grinchon —presentóse envarado el aludido—. ¡En marcha!

—En marcha, don Diego —habló el Pirata Negro, sonriendo—. Viniste a París en busca de aventurillas. No podrás quejarte. ¿Os

incomoda, capitán, mi decisión de seguir los pasos de mi amigo?

—Hasta la puerta del Chatêlet, la calle es libre —replicó Grinchon sin amenidad—. Allí vuestra amistad con el prisionero, no podrá infringir las órdenes que tengo.

—Poneos en mi lugar, capitán —dijo Lezama andando junto al mosquetero—. Y comprended que es muy lógico que trate de no abandonar al que lleváis injustamente prisionero. No os alteréis. Al decir injustamente, me refiero a que se demostrará prontamente que el error ha sido gravísimo. Una imputación que ofende al caballero custodiado,

Diego Lucientes acopaba su marcha automáticamente al paso marcial y rítmico de los mosqueteros. Tenía vehementes deseos de gritar en desahogo de su cólera, pero la sonrisa con la que el Pirata Negro le miraba de vez en cuando, lograba calmarle en parte.

Ante la puerta del Chatêlet, Roger Grinchon iba a seguir tras sus hombres que atravesaban ya la cancela levantada, cuando se volvió al sentirse tocado en el hombro.

—Excusadme, capitán. Soy como vos amante de cumplir siempre los reglamentos.

—Si tal es, y lo creo, por vuestro porte y lenguaje, os ruego consideréis que este recinto es inviolable para quien no sea preso, o portador de pase de entrada.

—Libre quedo, que mejor he de servir los intereses de mi amigo, y no tengo pase de entrada. ¿Cuándo hayáis terminado con las formalidades de reclusión, puedo, capitán, solicitar el inmenso favor de recordar que soy forastero y por añadidura la única persona a quien conoce en París el caballero calumniado vilmente?

—¿Qué deseáis? Apremiad, que mis hombres esperan, señor.

—Disciplinadamente aquí aguardaré a que tengáis a bien informarme de ciertos formulismos legales.

Roger Grinchon miró por un, instante el rostro del Pirata Negro. No replicó, y la cancela se cerró tras él.

El Pirata Negro viese frente a dos mosqueteros que, con las espadas desnudas y cruzadas ante el pecho, abriéronse de piernas, inmovilizándose ante la cancela.

La acusación era inverosímil, pensaba el Pirata Negro. Tenían muchos testigos que demostrarían que apenas habían dejado al barón de Rochefort habían permanecido con Raquel Youpin y en la

bodega.

Sonrió sardónicamente pensando que también los cinco maestros de armas serían testigos: tres como cadáveres y dos como heridos en lucha que servía de testimonio para demostrar que en el corto lapso de tiempo que mediaba entre la despedida de Rochefort y su muerte, no podían los dos españoles estar en dos sitios a la vez.

La cancela volvió a abrirse y, gravemente, el capitán Roger Grinchon se detuvo ante el Pirata Negro.

—A vuestra disposición, caballero, para contestar aquello que no infrinja el reglamento, ni revele lo que confidencialmente se me ha hecho saber por mensaje real.

—Agradecido, capitán. ¿En qué situación queda mi amigo?

—El acusado está recluido en celda de prevención.

—Como ignorante de las leyes francesas, deseo saber qué significado tiene el término «prevención».

—En espera de visita de acusador real que lea los autos de cargo y las imputaciones. Dada la gravedad del caso, y la relevante personalidad del alevosamente asesinado, supongo, que antes de caer la noche llegará el acusador real.

—¿Por ventura podéis indicarme quién es el acusador real?

—Para los casos de crímenes lo es «monsieur» de Saint-Just.

—¿Santo y Justo? —sonrió el Pirata Negro—. Buenos presagios. Seguiré abusando de vuestra solicita cortesía hacia un forastero. ¿Podéis indicarme el domicilio de «monsieur» de Saint-Just?

—Lo ignoro, pero si deseaseis verle ahora mismo, indudablemente le encontraríais en la Compañía Permanente de los Mosqueteros del Rey, sita en la avenida de Turenne. Habrá sido llamado por mi coronel —y el mosquetero cuadróse inconscientemente— el señor de la Fournaise, para que tome su informe de la denuncia.

—Infinitamente agradecido, capitán Grinchon. Y decidme ¿infringiría el reglamento si os pregunto de dónde procede la historia de este crimen?

—Lo ignoro, caballero. Este extremo, tan sólo es conocido del señor acusador real, «monsieur» de Sant-Just.

—Quedo vuestro rendido servidor, capitán Grinchon.

Saludó el Pirata Negro ampliamente con revuelo de su chambergo, y el mosquetero devolvió el saludo.

CAPÍTULO 11

Hombres de ley

«Monsieur» de Saint Just, rechoncho, rubicundo y de engañador aspecto jovial, tenía predilección por los vestidos negros. Admitía voluntariamente que no sólo adelgazaban su gordezuela humanidad, sino que eran síntoma de distinción y severas costumbres.

Cuando salió de su audiencia privada con el coronel de mosqueteros, llevaba bajo el brazo de su jubón negro, la piel curtida en la que envolvía los papeles de despacho.

En la amplia antesala, varios mosqueteros deambulaban en grupos, mientras conversaban. «Monsieur» de Saint-Just atravesó la antesala, saludando a diestro y siniestro. Detestaba a los hombres de armas, y sobre todo a los fanfarrones del Rey, pero allí estaba en terreno enemigo.

Los mosqueteros le devolvieron los saludos con cierta prosopopeya no exenta de sorna.

Bajaba el acusador real las escaleras que conducían a la avenida, cuando a medio trecho oyó a sus espaldas una fuerte pisada...

—¿«Monsieur» de Saint-Just? —oyó preguntar.

Volvióse creyendo era algún mosquetero impertinente y curioso, que deseaba hacerle objeto de pesadas bromas, porque si él detestaba a los hombres de armas, sabía que éstos le devolvían cordialmente la aversión. No se ocultaban en decir que lote negros ropajes del leguleyo tenían semblanza con los plumajes de los cuervos... I

Pero el que fue a colocarse junto a él en el amplio peldaño, era un hombre de bronceado rostro aquilino y enérgico, que no vestía la detonante ropa mosquetera francesa.

Vestía enteramente de negro, ajarte del coleto de blancos encajes, Y saludaba con distinción, pensó el acusador real.

—Yo soy, en efecto el que vos buscáis, señor...

—Carlos Lezama, español en tránsito en París.

—¿Español? Ah, ah... —guiñó Saint-Just, examinando con más detención a su interlocutor—. No puedo perder tiempo, ya que tengo un trabajo urgente.

—Relacionado con el marqués d'Avapiés, seguramente —dijo el Pirata Negro señalando a la vez la piel donde el hombre de leyes ensolvía varios pliegos.

—Posiblemente, muy señor mío se engalló el magistrado —. Excusadme si sigo mi camino, pero preciso con urgencia encerrarme en mi desdicho para el estudio de determínalos asuntos ajenos a mi voluntad, id a visitarme en mis horas de despacho.

—Deseo serviros de principal testigo en el auto levantado contra el presunto asesino del barón de Rochefort.

Monsieur de Saint-Just clavó sus ojillos penetrantes en el enérgico semblante del que le hablaba.

—¿Acaso fuisteis vos, señor, el que acompañaba al acusado como testigo en su fallido duelo contra el interfecto barón?

—Yo fui. Con vuestra venia os acompañaré hasta vuestro despacho. Mis declaraciones pueden seros de gran utilidad.

—Vuestro testimonio no puede servirme, señor. Yo me atengo únicamente a las declaraciones de los que aporten puntos de apoyo a la acusación.

Hizo ademán de seguir su camino, tras una rápida inclinación, pero el Pirata Negro le imitó en su descenso. Volvió a detenerse el magistrado.

—No insistáis, señor. Cuanto vos podéis decirme, sería para mi pérdida de tiempo...

—Suponed que lo que yo os diga, derrumba por completo la fragilidad de la acusación insostenible.

El acusador agitó un dedo gordezuelo, con imperativa y tajante firmeza.

—Es mi deber demostrar que tiene bases sólidas toda acusación que a mi estudio se confía.

—Pero no ahorcaríais a un inocente, por afán de demostrar que sois acusador de rancia estirpe y calidad.

«Monsieur» Saint-Just señaló hacia un punto indefinible con la misma mano que antes se agitó enérgica.

—El verdugo es quien ahorca a los que quebrantan las leyes y yo quien vela por la venganza de la sociedad en desagravio a los crímenes, que no pueden quedar impunes y tengo interés en que sepáis que en Francia la ley se aplica con estricta imparcialidad. Cuanto tenga que alegar el acusado, podrá hacerlo a través de defensor. Escuchad, señor, lo que os aconsejo. Elegid defensor vos mismo, si por escrito corrobora el acusado su nombramiento... Pero no os molestáis. La acusación es sólida y ningún hombre de leyes aceptará la defensa de un caso perdido de antemano.

—Habéis aludido a la imparcialidad de la ley francesa. No hay caso perdido de antemano. ¿Dónde podré hallar defensor?

—Yo no os puedo recomendar a rivales míos. Pero en fin, —y «Monsieur» dé Saint Just repiqueteó con el bastón en su pecho— id al Pont Neuf, y tomando el sol hallaréis varios de los que, para comer, precisan aceptar las defensas más inverosímiles.

—Gracias por el consejo, señor. ¿Y puedo saber por qué consideráis inverosímil la defensa del señor marqués de Avapiés? Lo que precisamente yo estimo inverosímil es que un prestigioso acusador real pueda dar crédito a una denuncia calumniosa en todos sus extremos.

—Vuestra elocuencia se pierde en la defensa de un caso de antemano juzgado, señor. Quien denunció es incapaz de mentira, y tengo en mi poder pruebas fehacientes.

«Monsieur» de Saint-Just, después de hablar con empaque, descendió el resto de las escaleras.

—Id al Pont-Neuf —. Volvió la cabeza sonriendo con desprecio. Siempre habrá quien os oiga por unas monedas de oro.

El Pirata Negro descendió tan rápidamente y su mano se posó con tanta fuerza en el hombro del acusador que éste, por un instante, parpadeó alarmado.

—Vos me habéis oído sin recibir pago, amigo mío —dijo el Pirata Negro silabeando, y bajando la voz añadió:— Si no supiera que nada conseguirla en favor del recluido, quizás os invitaría a hablarme en otro tono. Pero antes de emplear procedimientos bruscos, intentaré acogerme a la imparcialidad que antes citasteis de la ley francesa. Pero por si acaso, escuchadme vos ahora con

atención: aquilatad bien los argumentos de la acusación, porque si me diera cuenta de que a conciencia alteráis la verdad, yo me convertiría entonces en acusador privado...

—¿Acaso... acaso me estáis amenazando, señor?

—Oh, no, amigo mío. Simplemente os coloco en estado de prevención. Hasta la vista.

Al ver alejarse al forastero, «monsieur» de Saint-Just decretó en su fuero interno que en su próximo estudio de la acusación, había de intentar hallar resquicio para poner a buen recaudo, como posible cómplice, al que cuando cesaba de sonreír, tenía un semblante que indicaba una gran propensión a la violencia.

Apretó el paso en sentido contrario al que había tomado su reciente interlocutor. Y mientras se dirigía hacia su casa, iba ya refocilándose meditando en el documentado informe irrebatible que presentaría ante el Tribunal al día siguiente, una vez ultimado el sumario incoado con carácter de urgencia.

* * *

Por la acera izquierda del Pont Neuf deambulaban, lentamente las vendedoras de flores y los pasteleros que en sus bandejas de madera colgadas del cuello, llevaban dulces que si bien no eran de aspecto refinado, eran en cambio nutritivos, económicos y despedían buen olor.

Dos artículos que se vendían mucho por los alrededores de Pont-Neuf: flores para los estudiantes que rondaban amoríos, y pasteles para los escribanos y hombres de leyes sin más emolumentos fijos que los que podían obtener de los provincianos que acudían a consultar al aire libre y conseguir informaciones de ley que en despachos cerrados les costarían diez veces más.

El Pirata Negro aproximóse a una de las vendedoras que portando cestas con ramilletes de flores, pregonaban de vez en mundo con alegres versos, improvisación y obsequio de estudiantes, la victoriosa influencia de las flores para allanar caminos y suplir elocuencias.

—Buenos días, y aunque semejes una flor más, dame réplica, que también las rosas lozanas hablan para quien las sepa entender.

La vendedora miró sonriente al apuesto y pasible comprador.

—¿Violetas, rosas, petit-cœurs, señor?

El Pirata Negro hizo rodar una moneda de oro entre su pulgar y

su índice.

—¿Vale tu cesta mi moreda?

—¡Un luis! Por él podéis quedar con mis flores y la cesta, si es de vuestro agrado, señor.

—Tuyo será el luis, hermosa, si quieres informarme de algo que mucho me interesa.

—Siempre y cuando pueda, señor extranjero, que mi oficio es sólo vender flores, y no que me paguen confidencias.

—No son confidencias. Trátase tan sólo de que tengo entendido que por estos andurriales transitan hombres de leyes...

—No son mis clientes, señor-dijo la florista encogiéndose-de hombros con desdén. —Ellos prefieren los pasteles. Ved cuantos escribanos andan por ahí; son fáciles de reconocer porque se dan mucha importancia y andan encorvados como bajo el peso de graves meditaciones, cuando en todo lo que piensan es en pillar incauto que les pague la pitanza.

—No quiero ser yo ese incauto, hermosa. Quiero un buen defensor. Un hombre que sepa de leyes lo suficiente para servirme de asesor, que los puntos en que ha de basarse yo sabré dárselos. Un hombre que tenga acceso a los lugares donde se extiendan licencias y permisos...

—¿Y este luis será mío si os doy buen consejo, señor?

—Considéralo tuyo, que quien se rodea de aroma y tiene sus ojos, no puede querer engañar —y el Pirata Negro colocó en la palma de la florista la moneda.

Ella cerró la mano, y sonriendo hizo al Pirata Negro ademán de que aguardase allí mismo. Marchóse con paso saltarín, para regresar acompañada de un sujeto de ropas raídas, chillonas y sucias.

Era un cincuentón de fofa obesidad, rostro lunar y piernas flacas donde las medias se arrugaban alrededor de los tobillos y las descarnadas pantorrillas; parecía que todas sus carnes habíanse acumulado en el rostro y en la cintura y caderas.

Llevaba encima de su grisácea peluca lisa, un tricornio cuyo pelo mostraba claros relucientes...

La florista hizo una burlona reverencia.

—Os presento a Prosper Taquin, el que fue rey del foro y se codeó con a alta nobleza. Aunque así le veáis de malparado, fiad en él, señor extranjero, que lo que no consiga Prosper Taquin, nadie en

el Pont-Neuf podría conseguir. Buenos días y reitero mis gracias, señor extranjero —dijo la florista alejándose.

El Pirata Negro examinaba el rostro del recién llegado. Era vulgar, pero se redimía da un juicio desfavorable por la despierta expresión de sus ojos azules.

—A vuestro servicio, excelencia —habló Prosper Taquin con voz engolada y ademán tribunicio.— Si al Pont-Neuf habéis acudido, será sin duda alguna porque a vuestros oídos habrá llegado la justa fama que pregona la contundencia de mis argumentos en pro del oprimido bajo el peso de las duras injusticias. Victimas de ambientes contrarios, hombres de bien con un pie en el cadalso, hallaron en mi verbo la cálida oratoria del que esgrimió la prueba definitiva para obtener la absolución, y supo fustigar las flaquezas del omnímodo poder acusatorio que...

—Atended, leguleyo —atajó secamente el Pirata Negro.— Soy forastero y no conozco las usanzas parisinas en lo tocante a legislación actual...

—Habláis sin embargo un francés digno de encomio, excelencia.

—Hace años residí en la capital. Buscaba otros fines, muy distintos a los de hoy. Ni soy provinciano, ni preciso charlatanes, Prosper Taquin. Necesito tan sólo un hombre que tenga derecho a hablar ante un Tribunal como defensor del que está recluido bajo peso de una acusación grave.

—Tengo puerta abierta en cualquier organismo estatal que esté presidido por la diosa de la balanza y la venda, excelencia.

—En el caso que me importa, creo que la venda es muy tupida, y la balanza se inclina por «monsieur» de Saint-Just, con el que acabo de sostener una breve conversación. No ha querido conocer las pruebas que puedo apoyar con valiosos testimonios para demostrar la carencia de fundamento de la acusación.

Prosper Taquín siguió el ademán con el que el forastero de voz autoritaria señalaba un mesón cercano a la ribera del Sena, al que conducían unas escaleras protegidas por enrejado.

—Ya que vuestro despacho es al aire libre, pasemos a sentarnos allá abajo. Lejos de las orejas que veo tienden algunos de vuestros colegas, podremos hablar con mayor libertad.

—Acepto presuroso vuestra invitación, excelencia. Mucha envidia produce mi prerrogativa de ser consultado por caballero de

vuestro buen porte y generosidad. Mientras os sigo halagado y bendiciendo la recomendación de la buena Mimí, podemos quizá ganar tiempo, si no os molesta mi prisa, en ir preparando las bases sobre las que ha de asentarse el rigorismo legal de mi defensa, ¿Quién, cómo y contra quién?

El Pirata Negro ya al final de las escaleras, y sombreado por el arco del puente, dirigió sus pasos hacia la terraza del mesón,

—Mis tres preguntas —añadió el francés, siguiendo en pos de Lezama— obedecen al interés de conocer calidad del acusado, gravedad del delito, y calidad del ofendido.

—Un español amigo mío, acusado de haber asesinado al barón de Rochefort.

Sentábase ya el Pirata Negro bajo un emparrado distante unos diez pasos del rio parisino. Acudió solicito un mozo, mientras Prosper Taquin en pie, quitóse el tricornio abanicándose, pese a que



—Las otras tres murieron...

el sol era débil y el aire tenia humedad de rio de otoño.

—Sentáos, Taquin, invitó Lezama y volviéndose al mozo, indicó: Champaña para mí, y ponte a las órdenes del señor.

—Leche, pan, mantequilla y queso —recitó rápidamente, de un

tirón, el abogado.— ¡Presto, bribón —y cuando el mozo partió corriendo, Prosper Taquín hizo un tímido gesto con el tricornio;— Mentiría, excelencia, si os dijera que lo que considero anticipo de pago lo que voy a deglutir. Prefiero deciros que lo estimo como invitación generosa.

—Me gusta la franqueza, Taquin. Veo que habéis perdido vuestro aplomo. ¿Es que la categoría de la víctima os priva la entrada al lugar donde se juzgue el acusado?

—De ningún modo, excelencia. Si el acusado, vuestro amigo, acepta mi defensa, puedo actuar ante tribunal de crimen. Pero, asesinato y... citasteis a «Monsieur» Saint-Just que es acusador real lo que demuestra la gravedad del.,.

—Sólo quiero un hombre que ante el tribunal tenga autorización para presentar los materiales que argumentarán con la solidez precisa para derribar la acusación, Ahí tenéis vuestro condumio, Taquin. Yantad mientras yo os pongo en antecedentes brevemente, aunque con la extensión que el case requiere. Mi amigo es conocido en París por el título de marqués de Avapiés. Anoche en «Au Bou Viveur», retó al barón de Rochefort, a duelo que debía tener lugar esta mañana a las siete en el Campo Eliseo.

—¿Motivo del duelo? —preguntó Taquin con la boca llena.— Excusad la incorrección, excelencia...

—No miro la forma sino el fondo, Taquin. Y creo servís. E1 motivo del duelo, fue que el barón se toleró ciertas libertades con una damita que acompañaba a mi amigo.

—¿La damita era de alcurnia o... de fáciles encantos?

—Honesta a carta cabal, aunque aparentemente viva de mariposeo nocturno por las salas de juego.

—Testimonio nulo, excelencia... Continuad, que aunque tenga apetito atrasado, mi cerebro está siempre nutrido y atento al indicio favorable.

—Concertado el duelo, acudí como testigo de amistad. Mi amigo, por indisposición, presentó excusas.

—Rochefort era una gran espada, excelencia.

—Detalle que no importa al caso. Servían de testigos el conde de Mirson y el vizconde de Laon. Fueronse con Rochefort, y apenas ellos hubieron abandonado el Campo Elíseo, nos dirigimos nosotros dos al domicilio de David Youpin, donde permanecimos hasta que

un capitán de mosqueteros fue a detener a mi amigo, acusándole del asesinato de Rochefort.

—¿Quién le acusa?

—Lo ignoro. Pero para vos será una defensa sencillísima. La muerte hubo de tener lugar entre el .momento, en que acompañado de Laon e Hirson marchóse Rochefort, y el instante en que el' mosquetero acudió. Y durante este lapso de tiempo, mi amigo y yo estuvimos constantemente en «Au Bon Viveur».

—¿Quién lo puede atestiguar?

Prosper Taquin tras devorar rápidamente las dos rebanadas de pan untadas de mantequilla y generosamente cubiertas de queso, bebía ahora la humeante leche cremosa.

—En primer lugar, el lacayo que fue a recibirnos y nos condujo al despacho donde se hallaba Raquel Youpin, con la que estuvimos hablando por largo espacio. Después bajamos a la bodega, y allí nos reunieron los cinco maestros de armas de la sala de esgrima de Youpin. Dos de ellos podrán testimoniarlo.

—¿Por qué no los cinco?

—Los otros tres murieron.

—¡Qué fatalidad! ¿Y cómo... cómo murieron?

—Aunque no hace el caso, os diré que al intentar dar muerte a mi amigo y a mí, perecieron en la demanda.

Prosper Taquín sorbió el resto del tazón, y sus ojos azules tenían cierto brillo. Secóse la boca con el mantel.

—No me asombro, excelencia, porque muchas son las confidencias que he oído. Indudablemente, con el valioso testimonio de cuantos habéis citado, la señorita Youpin, el lacayo y los dos espadachines, podremos demostrar, si se sabe la hora del asesinato, la inocencia, de vuestro amigo. Me limitaré a preguntaros un detalle importante: apenas hubiéronse marchado los tres nobles, ¿os pusisteis en camino hacia el establecimiento de Youpin?

—De inmediato, no. Sostuve una conversación con mi amigo.

—¿Larga?

—No medí los minutos. ¿Por qué?

—«Monsieur» de Sáint-Just es meticuloso. Habrá inquirido la hora exacta en que os dejaron los tres nobles. Posiblemente, averiguará también a hora en que entrasteis en «Au Bon Viveur». ¿Ibais a pie o a caballo?

—A caballo.

—¿Qué tiempo, más o menos, calculáis como empleado en la conversación con vuestro amigo?

—No más allá del cuarto de hora.

—¿Testigo?

—Sólo estábamos él y yo.

—¿Cuánto dista el lugar donde fue hallado muerto Rochefort al Campo Elíseo?

—Lo ignoro.

—Bien, excelencia. Me habéis expuesto con la suficiente claridad los principales puntos. Emplearé la mañana y la tarde en acumular las pruebas favorables. ¿Dónde puedo veros al anochecer?

—En el «Cocq D'Or» me hospedo. Tomad, para vuestros primeros pasos.

El Pirata Negro colocó encima de la mesa cinco luises.

Prosper Taquin los miró ávidamente, pero retiró la mano que en impulso irreprimible avanzaba hacia las monedas.

—Esta noche, excelencia, os diré si puedo hacerme cargo de la defensa.

—¿No os bastan las pruebas qué os he presentado?

—Me bastarían... de no existir puntos que me inquietan? la acusación corre a cargo de «Monsieur» de Saint-Just y la detención la efectuó un capitán de mosqueteros.

—Y bien, ¿qué?

—«Monsieur» de Saint-Just sólo entra en función ante crimen de muy especiales circunstancias y un capitán de mosqueteros sólo procede a la detención, cuando el inculpado lo es sin género alguno de dudas, bien por a evidencia de su culpabilidad, o bien por la irrevocable fuerza de la denuncia. Cuando se trata de crímenes ordinarios, actúan en la detención corchetes del «guet», y acusadores privados.

—¿Cuál ha de ser la índole del delito, para que actúe «Monsieur» de Saint-Just.

—Lesa Majestad o brujería —dijo medrosamente Prosper Taquin.

—No hubo ofensa al rey ni a personaje de sangre real. Y en cuanto a brujería, ¿cómo puede haberla en un asesinato?'

—Trataré de aportar los máximos datos, excelencia. No os

ofendáis, si apunto hacia una triste verdad: Rochefort era francés…

—La ley no tiene nacionalidad, Taquin.

—Procuraré sentar ese aforismo, excelencia. Iré a reunir la más acertada documentación. Confiad en mí. Antaño fui hombre muy respetado, hasta que avatares provocados por rencores y envidias de colegas, hicieron desaparecer la clientela que nutría mi despacho. Pero sabed, que si tan sólo existe un punto favorable a vuestro amigo, yo sabré hacerlo brillar con luz cegadora. ¿Dónde se halla recluido? Supongo que en el Chatêlet.

—Sí. En estado de prevención.

—Obtendré licencia de visita. Sólo me retirarán el derecho de licencia como defensor, si vuestro amigo no acepta mis servicios.

—Decidle que vais de mi parte. Ah, cierto que no os he dicho mi nombre. Carlos Lezama.

Prosper Taquín, que ya estaba en pie, arrugó la frente. Sus azules ojos adquirieron una expresión ensoñadora.

—¿Habíais dicho, excelencia, que antaño estuvisteis en París?

—Sí. Hace muchos años —y el Pirata Negro estudio el semblante del hombre de leyes.

Prosper Taquin desvió la vista, y se inclinó antes de calarse el tricornio.

—Esta noche pasaré a informaros en la posada del «Cocq d’Or».

CAPÍTULO III

Un hombre solicitado

Carlos Lezama quedóse unos instantes más en la terraza del merendero sito en las riberas del Sena. Recordaba la extraña expresión de los ojos de Taquin al oírle mencionar su nombre.

Si era realidad que antaño Prosper Taquín fue hombre influyente en la Corte, posiblemente la mención de su nombre le había despertado un vago recuerdo. Cuando por todo París, había carteles fijando premios por la captura del pirata español Carlos Lezama.

Decidió que por la noche saldría de dudas, aunque desde aquel instante estaría atento a cualquier posible emboscada. Indudablemente en un punto tenía razón Prosper Taquin: fuerte debía ser la influencia de la persona denunciante...

Se detuvo en sus reflexiones, para concentrar su atención en tres hombres que descendían por la escalera. Desde el puente, una mano señalaba hacia la mesa ocupada por el Pirata Negro... .

Este hizo retroceder su escabel para dar juego a sus piernas, y apoyó la diestra en su cinto.

De los tres que llegaban, uno se adelantó, mientras los otros dos quedaron algo más rezagados.

—Buenos días, señor —saludó el que como los otros dos vestía ropas grises y atuendo.de criado—. ¿Sois por ventura vos el caballero que buscaba defensor en el Pont-Neuf?

—Si me engaño, corrígeme. Tú y tus dos acompañantes debéis estar al servicio de alguien, ya que lleváis libreas.

—Pertenecemos a la servidumbre de «monsieur» de Saint-Just, señor.

—Aclarado tal punto, ten la bondad de informarme a qué obedece tu pregunta y la compañía de dos satélites.

—«Monsieur» de Saint-Just nos destacó a los, tres para que diéramos con vuestra pista, señor. Pero no tuvimos que dispersarnos, ya que una florista nos informó. Y teníamos vuestra descripción.

—Aclarado este otro extremo, puedo ahora contestarte que: en efecto, yo soy el que buscaba defensor.

—«Monsieur» de Saint-Just os ruega os toméis la molestia de pasar por su despacho, donde con suma atención oirá cuanto quisisteis decirle a la salida de la Compañía Permanente de Mosqueteros del coronel de la Fournaise,

—De sabios es mudar de parecer. Decid a vuestro señor que acepto su invitación y pasaré a visitarle. Podéis retiraros.

Vaciló un instante el lacayo, y al fin, con respetuosa entonación, habló:

—«Monsieur» de Saint-Just me ordenó os comunicara que cuanta más urgencia pongáis en visitarle, tanto mayor será el beneficio, señor.

—La urgencia era yo quien antes la tenía, ¿Dónde reside tu dueño?

—La casa número 75 de la avenida Turene, señor. Un centenar de pasos más allá de donde está la Compañía Permanente del Coronel La Fournaise. Gustosamente os precederemos, señor.

—Ando muy bien y mejor cuando voy solo y sin lazarillos. Adiós.

El lacayo fue a hablar, pero se contuvo; saludó y dio media vuelta, emprendiendo con sus dos compañeros el ascenso de la escalera.

El Pirata Negro barajó las dos posibilidades que cabía pensar del cambio de actitud del acusador real: o bien deseaba saber en qué puntos basábase la defensa para refutarlos con antelación, o —dada la complicación inexplicable que confusamente entreveía en todo lo sucedido, y dada también la cercanía del alojamiento de los mosqueteros— podía hacerlo arrestar bajo cualquier otra acusación inesperada.

Pero se puso en pie dispuesto a dirigirse hacia el domicilio del acusador del Rey. En realidad, si se trataba de detenerle no hubiese enviado a tres lacayos, sino a varios mosqueteros...

Iba a llamar al mozo para pagarle, cuando dejó reposar su mano

encima del cinto. Por la escalera bajaba un individuo que le miraba con I fijeza y encaminó sus pasos hacia él.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, muy alto y flaco, de piel pálida, casi cadavérica, que aún resaltaba más en contraste con la peluca de cortos cabellos rizosos y negrísimos.

Vestía calzas muy ajustadas que ponían de relieve piernas fibrosas y nervudas, así como la malla que también de color verde botella ajustábase alrededor de un busto musculoso, aunque enjuto.

Calzaba medias botas de flexible cuero lustroso, y una larga espada sosteníase rígidamente en su funda, atada por el extremo al cuello de la bota.

En vez de chambergo o tricornio, cubría los rizos de su nuca a partir de la coronilla con una redecilla, que, también era de color verde.

El rostro magro, de afilada nariz y delgados labios, ostentaba unos ojos grises, levemente bizcos y muy juntos en sus comisuras.

En conjunto ofrecía la sensación de un personaje siniestro...

Se detuvo al otro lado de la mesa junto a la que el Pirata Negro, en pie y silencio, devolvió la silenciosa contemplación de que le hacía objeto el recién llegado.

—Soy Bussy Leclerc.

Fueron tres palabras dichas enfáticamente, tal como si el que se presentaba anunciase nombres de prosapia nobilísima.

Bussy Leclerc, el más célebre de los maestros de armas de París. El hombre que a los dieciocho años regentaba ya la más afamada academia de la capital francesa. El hombre que adiestraba a los que en pocos, días querían ponerse en condiciones de hacer un papel airoso en el campo de duelo y a los cuales Bussy Leclerc vendía estocadas secretas de su vasto repertorio.

La fama de Bussy Leclerc ya había llegado a oídos de Lezama a raíz de su primer viaje a París.

—Os buscaba —añadió el afamado espadachín, después de una pausa en la que el Pirata Negro limitóse a mirarle.

—Entonces me habéis encontrado.

—Tengo sed —dijo con calmosa entonación algo infatuada el maestro de armas.

—Por ahí corre el río si agua queréis, y aquí hay otras mesas en las que podéis beber.

Bizquearon aún más los ojos de Bussy Leclerc, y sus delgados labios ascéticos se crisparon, en esbozo de sonrisa.

—¿Sabéis quién soy yo?

—Habéis dicho que os llamabais Bussy Leclerc.

—Y por llevar tal nombre comparto con mi hermano, el célebre Bussy d'Amboise, la prohibición de batirme en duelo,

—¿Qué queréis indicarme con ello?

—Que por más provocativas que sean vuestras respuestas, debo dejarlas sin recoger.

—Vos vinisteis en busca de ellas.

—Dije que tenía sed, deseando que vos me invitarais q me permitierais compartir vuestra mesa.

—Tengo cita, y me voy.

—Aguardad.

—Ya que me habéis perdonado la vida anunciándome que no os podéis batir en duelo, os diré que no me da la gana de aguardar.

Bussy Leclerc frunció la larga nariz afilada, en mueca que proyectó hacia adelante su corto mentón.

—No puedo batirme en duelo, pero puedo sacar el acero. Aunque a tal cosa no vine… por ahora. No vayáis donde os han citado. Tienen orden de detención contra vos.

—¿Dónde, quién y por qué?

—En casa de «Monsieur» de Saint-Just diez mosqueteros aguardan. Y por lo que os acusa es precisamente por lo que he venido y evitar que entréis en Le Chatêlet.

—Tanta generosidad en un desconocido me abruma —dijo el Pirata Negro con evidente mofa.

—No os extrañará si os declaro el motivo. Esta mañana desarmasteis al vizconde de Laon. No es gran esgrimidor. Pero después, empleando la izquierda, hicisteis volar el acero del conde de Hirson, que es uno de mis discípulos más aventajados. Vino a contarme lo sucedido, casi en tono de reproche. Empecé a sentir curiosidad por conocer al caballero español que tuvo la bravura de colocar su capa tras sus propias botas, demostrando con ello su intención de no retroceder, y que dio frente Hirson presentándole la mano izquierda. Estaba hablando con él, cuando acudió corriendo Laon, excitadísimo. Dijo que Rochefort había sido asesinado por el que presentó excusas en el campo de la verdad. Añadió que había

salido un piquete de mosqueteros para detenerlo en «Au Bon Viveur». Fui hacia allá, después de cerciorarme de que vos desarmasteis con la izquierda a Hirson en salida de defensa de la imparable estocada «doble Nevers» que yo le vendí muy cara.

Mientras hablaba el espadachín, Carlos Lezama, por similitud con su profesión de antaño, iba comprendiendo lo que pasaba en el ánimo de Bussy Leclerc.

—Llegué y os habíais marchado. Anduve tras vuestra pista, y me crucé, con «Monsieur» de Saint-Just, el cual me debe algún favor. Y supe que os iba a detener. Y, señor mío —por vez primera, el espadachín inclinó su flaca largura-no puedo consentir tal cosa.

—Agradezco vuestra intervención pero debo advertiros que sé muy bien defendedme solo. Y cuando me decido a ir a algún sitio, aunque me aguardase una compañía entera de mosqueteros, voy.

Bussy Leclerc asintió.

—Vos y yo podemos llegar a un acuerdo, caballero. Por cuatro asaltos de media hora a punta resguardada, estoy dispuesto a ayudaros si me solicitáis.

Carlos Lezama también había regentado una academia de armas en sus años mozos. Sabía hasta que punto llegaba el amor propio de un espadachín consumado. Y comprendía que la derrota del mejor discípulo de Bussy Leclerc infería a éste una herida en su amor propio.

—Ha avivado mi deseo, caballero —siguió diciendo el francés— las noticias que averigüé en «Au Bon Viveur». Al parecer Tourbillon, Leveque, Justi, Marcel y Landouille, los cinco maestros de armas de Youpin, os atacaron, y estáis aquí en pie delante de mí. Si no os viera y no hubiera visto los cadáveres de Leveque, Justi y Marcel, me resistiría a creerlo. Yo, aún siendo Bussy Leclerc, si entablara combate contra cinco hombres de la talla de los citados, pasaría por momentos difíciles antes de vencerlos. Lo habéis logrado, y por tanto debo deducir que estáis en posesión de ciertas trabazones que me interesaría aprender. Os lo confieso a solas y en privado. Por cuatro asaltos de media hora, pedidme lo que queráis. Cuento con vuestra discreción. Nadie en París puede saber que Bussy Leclerc solicitó asaltos de un caballero español desconocido.

—Decidme, ¿de qué pretende acusarme «monsieur» de Saint-Just?

—De ofensas a Raquel Youpin, y brujería.

—¿Brujería? Por segunda vez oigo tal mención.

—Brujería hubo en la muerte de Rochefort de que se acusa a vuestro amigo. Y pretende «Monsieur» de Saint-Just que hubo brujería en que pusierais fuera de combate a cinco reputados espadachines, que acudieron a prenderos por orden de Raquel Youpin.

—¿Quién acusa a mi amigo?

—No lo sé. Lo que dijo Laon fue que se separó de Rochefort dejándolo en su domicilio, y que cuando se disponía a entrar en el suyo, le dio alcancé un mozo del servicio de Rochefort, apremiándole para que le acompañase. Según Laon, el espectáculo que ofrecía el cadáver le Rochefort era horroroso… No sé más.

—Será para mí un honor, Bussy Leclerc, chocar mi acero con el vuestro, si a cambio aportáis todos cuantos informes poseáis dada vuestra gran amistad con «Monsieur» Saint-Just.

—Tengo vuestra palabra. ¿Qué deseáis saber?

—Cuanto haga referencia a la acusación contra mi amigo. En especial la personalidad del denunciante. Me alojo en el «Cocq d’Or», Bussy Leclerc.

—Dadme vuestra palabra que al menos en todo el día de hoy no pasaréis a visitar a «Monsieur» de Saint-Just. ,

—Os lo garantizo. Tengo por única misión demostrar que mi amigo es inocente, porque no se separó de mí ni un solo instante. Procuraré demostrarlo con ayuda de la ley, y si ello no lo pudiera lograr, entonces, aunque haya de perecer en.la demanda, emplearé otros' recursos.

—Tengo entendido que dijisteis a Rochefort que el único que os ha igualado en duelo a muerte fue precisamente el hombre preso en Le Chatêlet.

—Así es.

—Entonces —y el fibroso espadachín habló con profunda convicción— es imposible que vuestro amigo haya dado muerte a Rochefort.

Sonrió el Pirata Negro, tendiendo la diestra.

—Cuando haya zanjado este asunto, Bussy Leclerc, tendré gran placer en que mutuamente nos revelemos nuestros recursos por espacio de cuatro asaltos de media hora.

E1 francés asió la diestra ofrecida, devolviendo el recio apretón.

—Vigilad, amigo —dijo bizqueando atrozmente al adquirir una expresión cautelosa.— No tardarán en buscaros por todo París... y yo no quiero que os apresen mientras no hayamos reñido nuestros cuatro asaltos.

La sinceridad del maestro de armas le captó la simpatía de Lozanía.

—Descuidad, Bussy Leclerc. Por lo que a mí mismo respeta, soy el primer interesado en que no me apresen. Siempre he sido de natural desconfiado, y prefiero no tener razón por la calle, que henchido de razones entre rejas.

—¡Ajá! —aprobó Bussy Leclerc.— Sois de los míos. Sigo teniendo sed.

Carlos Lezama escanció en su propia copa tendiéndola al espadachín, que apuró el champaña después de elevar la copa en mudo brindis.

—Yo sabré lo que deseáis saber, y vos me debéis cuatro asaltos. Hasta e1 atardecer en el «Cocq d'Or».

—Hasta entonces, Bussy Leclerc.

—Alejaos de este paraje. Yo di con vuestra pista. Otros también la podrían seguir.

Bussy Leclerc hizo un saludo original. Juntó el índice y el medio de su mano izquierda, y con ellos tocó la empuñadura de su espada, su diestra y sus labias.

Su andar, al marcharse, denotaba la elasticidad felina del hombre habituado al continuo ejercicio de las armas.

Carlos Lezama marchó en dirección contraria después de pagar al mozo del merendero ribereño. Siguió por la orilla hasta un barrio exterior de la ciudad donde comió.

Cuando a media tarde, ya oscurecido, llegaba a la posada del «Cocq d'Or», había tomado su decisión.

Aguardaría hasta el día siguiente, y según el cariz de los acontecimientos, reventando caballos irla hasta el puerto de Burdeos, donde al frente de sus cuarenta piratas, regresaría a París; estaba dispuesto a todo en su sempiterna lucha contra la injusticia, y en la presente ocasión, más que nunca, acuciado por el afán de liberar al que consideraba su fiel espejo en muchos aspectos.

En el umbral del salón que daba acceso a las escaleras que

conducían al piso alto, el posadero, con voz medrosa y susurrante, fue a advertirle que tres caballeros, que habían llegado separadamente, preguntaban por él.

—¿Quiénes son?

—Uno dijo llamarse Prosper Taquin, señor. Y los otros dos son... Bussy Leclerc y Bussy d'Amboise, señor.

CAPITULO IV

Los estoques de Bussy Leclerc, la zíngara de Bussy d'Amboise y la valentía de Prosper Taquín

Eran las cinco de la tarde cuando Prosper Taquin llegó al «Cocq d'Or». Se anunció pomposamente como «lumbrera del foro y pasmo de los tribunales» al mesonero, que con cierto recelo examinaba su deteriorado atavío.

—Nunca el hábito hizo al monje —comentó con perspicacia el hombre de leyes—. No hagas esperar al caballero español que se aloja en tu casa.

—No ha regresado aún. Salió esta mañana a temprana hora en compañía de otro caballero de la misma nacionalidad.

—Condúceme a sitio tranquilo donde pueda aguardar al señor Lezama.

El mesonero le precedió hasta el rellano del piso alto, que se prolongaba por ambos lados en amplio corredor que conducía a las habitaciones.

Sentóse Prosper Taquin, exhalando un hondo suspiro de satisfacción.

Desde que se había separado de su «cliente», como calificaba a Carlos Lezama, había recorrido múltiples, lugares.

Y había decidido que la defensa del llamado marqués de Avapiés, era tarea superior a sus fuerzas. Muchos eran sus deseos de volver a brillar, pero no al precio de una oscura muerte…

Le despertó de sus meditaciones el ruido de unos pasos suaves. El recién llegado era un individuo de bizarro atuendo chillón. La fatigada visita dé Prosper Taquin fue recorriendo las botas blancas de piel felpuda y altos tacones, las calzas rojas y ceñidas, el jubón de malvas tonalidades, entreabierto y mostrando dijes, encajes y

camafeos colgantes.

El chambergo blanco ostentaba una enorme pluma roja y azul. Pero al llegar a este punto de su contemplación, Prosper Taquin pareció sentir un aguijón mordiéndole inesperadamente desde el mullido sillón.

Levantóse y doblóse por la cintura en profunda reverencia, que no hubiera dedicado al más encopetado personaje de la —corte.

Había reconocido a Bussy d'Amboise por su «insignia» famosa en todo París: los múltiples lazos de distintos colores que colgaban de su hombro izquierdo, rozándole el antebrazo. Cada uno de ellos simbolizaba un muerto en el campo de duelo, vencido bajo la espada del que era extremadamente quisquilloso.

Repitió Taquin por dos veces su reverencia, como para dejar bien estipulado que él no deseaba ser un lazo en el hombro de Bussy d'Amboise.

El homenajeado limitóse a descender casi imperceptiblemente la engallada cabeza, y Prosper Taquin se consideró más que feliz de que no se le hubieran pedido cuentas de su mirada errabunda por el cuerpo del que ahora iba paseándose lentamente por el corredor.

Andaba a pasos menudos sobre sus altos tacones que complementaban coa el mentón erguido el acrecentamiento que d'Amboise quería dar a su talla normal, secretamente envidioso de la altura de su hermano.

Abismóse de nuevo Taquín en sus meditaciones, y le sacó de su ensimismamiento otro personaje, hacia el que miró creyendo sería por fin el español.

Levantóse otra vez prestamente saludando al que había reconocido inmediatamente. Los ojos bizcos y la red verde botella, que encerraba la peluca de negros rizos, eran también distintivos, así como la peculiar forma de llevar la espada, atada por ti extremo de su vaina a la pierna nerviosa del espadachín.

Bussy Leclerc llevaba bajo e] brazo una caja oblonga, larguísima, y que debía ser pesada, porque empleó las dos manos para adosarla contra la pared.

—Hola, d'Amboise —dijo al cabo da un instante.

—Buenas tardes, Leclerc —replicó su hermano.

—No sabía que tuvieras amores en el «Cocq d'Or» —comentó Leclerc.

El rostro aniñado del aludido adquirió una expresión halagada. Pero se atusó nerviosamente la perilla rubia.

—Yo no sabía que dieras lecciones a algún alojado del «Cocq d’Or». Contesta, Leclerc, ¿por casualidad vienes a dar ejercicio a un español llamado Carlos Lezama?

—¿De qué conoces tú al que aludes?

Las pocas veces que se veían los dos hermanos limitábanse a saludarse. Y si tenían que hablarse, tenían la peculiaridad de contestar sus mutuas preguntas con otra.

—¿Para qué traes tu caja de estoques?

La pregunta de Bussy d’Amboise hizo que Prosper Taquín se retrepara aún más en su sillón.

Bussy Leclerc miró la caja que había traído, como si la viera por vez primera.

—Son estoques, en efecto —replicó.— Los más pesados. Ancho filo doble, empuñadura de factura italiana, y peso que pocas muñecas soportan hoy. Van quedando pocos como tú y yo, d’Amboise. No sé dónde iremos a parar con estas modas de irles quitando acero a las hojas. ¡Ah, cuando pienso en el segundo de los Bussy, nuestro padre…! Y el que hablaba suspiró con nostalgia —¿Dónde están los tiempos en que el primer Bussy escalaba muros, y a estoque se abría paso entre corazas? Tampoco tenía queja el segundo Bussy. Se empleaba aún el acero doble que… .

—Te pregunté si por azar venías a visitar al llamado Lezama.

—Yo inquirí cual había sido el motivo que te había hecho conocerle.

—No me irrites, Bussy Leclerc —dijo d’Amboise irguiendo hasta el máximo la cabeza.

—Eres mi hermano, Bussy d’Amboise. Pero soy mayor que tú. Consentiré en decirte que traje mi caja de estoques, porque deseo ver que tal los maneja el valiente español.

—Llegué yo antes, Leclerc. Te gané por la mano. He venido a matar a ese forastero a menos que me dé cumplidas excusas por la inconveniencia de su amigo el marqués de Avapiés. He perdido el día entero yendo tras su pista. Hasta que por fin, supe que se alojaban ambos en esta posada. Pero con gran disgusto, he sabido que el marqués de Avapiés está preso en el Chatêlet.

—¿Qué ofensa te infirió el marqués de Avapiés por la cual

vienes en petición de querella a su amigo?

—En la muerte de Rochefort ha habido brujería, Leclerc, y han acusado como cómplices del español al zíngaro Emmanuele y a su hija Câline.

—¿.Los italianos? ¿Esos arlequines que por las plazas hacen bailar un oso?

—Mide tus palabras, Bussy Leclerc. Câline vino a esconderse en mi casa. Pero su padre ha sido preso, acusado con el marqués de Avapiés. Tengo la certidumbre de que el español, intentando defenderse, habrá acusado a Câline. Y vengo a pedir cuentas al otro español, por el indigno proceder del que no merece llevar título de noble...

El diálogo no podía ser oído por Prosper Taquín, que aunque dominado por la curiosidad, sabía contenerse prudentemente para no levantarse. Pero cuando por la escalera vio subir a Carlos Lezama, se puso en pie.

El Pirata Negro se detuvo en el rellano, y Bussy avanzó a su encuentro.

—Buenas tardes, señor español. Como os prometí, estuve recorriendo las antesalas de cuantos podían informarme...

—Un momento, Bussy Leclerc —y d'Amboise apartó a su hermano, cogiéndole por un brazo.— Yo llegué el primero. Preséntame al que a juzgar por tu saludo, es conocido tuyo.

El Pirata Negro observó al que se había interpuesto. Bussy Leclerc hizo dos ademanes. Su diestra señaló el pecho de Lezama y su zurda el chambergo de su hermano.

—Señor Lezama Bussy d'Amboise, mi hermano. Es mi menor, y por eso le cedo la prerrogativa de hablaros, va que llegó el primero.

—Excusadme un instante, señores míos. Pero me urge conocer las noticias que puede darme aquel caballero. El Pirata Negro señaló hacia donde Prosper Taquin en pie, daba vueltas entre sus manos al tricornio.

El hombre de leyes contuvo la respiración...

Bussy d'Amboise atusóse la perilla, clavando en el Pirata Negro una mirada centelleante.

—No tiene demora mi visita, señor. Concededme inmediatamente una entrevista privada en vuestro aposento.

—Si me permitís apoyar la demanda de mi hermano, os ruego

accedáis a que nos traslademos los tres a vuestras habitaciones.

El Pirata Negro levantó los hombros, en tenue encogimiento.

—Parecéis tener gran prisa, señor d'Amboise, señalando despectivamente a Prosper Taquin, que retrocedió rápidamente.

El Pirata Negro apoyó los puños en las caderas.

—No os quisiera llamar la atención sobre el hecho evidente de que yo soy quien dispone, no porque esté en camino hacia mi habitación, sino porque tengo por costumbre ser único dueño de mis actos.

—Un agravio más del que me daréis cuenta cumplida, señor murmuró amenazador d'Amboise.

—Tate... ¿Cuál es el otro agravio, si os echo la vista encima por primera vez?

—Sobre el otro agravio no puedo hablar ante este hombre que nos escucha, señor.

—Deseo sugerir que oigáis en privado a Bussy, d'Amboise, señor español —intervino Leclerc con un guiño que acentuó aún más su estrabismo al entrecerrar levemente el párpado.— Cuanto os ha de decir está relacionado con vuestro amigo y se refiere a extrañas consecuencias de la muerte de Rochefort.

—Os escucho gratamente, Bussy Leclerc. Sabed pues que el que está aquí es el hombre de leyes que defenderá a mi amigo. Por lo tanto, puede escuchar cuanto sea dicho.

—Si lo repitieras —y Bussy d'Amboise miró a Prosper Taquin con fiero semblante— ya sabes cómo castiga Bussy d'Amboise a los charlatanes.

Impaciente, el Pirata Negro tocó levemente en el hombro al que acababa de hablar.

—Por el agrado con que esta mañana trabé conocimiento con vuestro hermano, os tolero ciertas libertades, que si sois hombre cortés, reconoceréis os estáis tomando con demasía, señor d'Amboise.

Enrojeció el imprudente, y su diestra bajó hasta empujar la guarda de. su espada que tras él se empinó.

—Reproche merecido, Bussy d'Amboise —dijo Leclerc severamente.— Los Bussy tienen a gala ostentar desde el siglo XV la primacía en modales, y has pecado de excesiva arrogancia. Donde había tres caballeros, no debe mezclarse ni mencionar siquiera la

presencia de un oidor que no lleva espada, ni tiene trazas de saberla usar.

—Tienes razón, Bussy Leclerc —y el reprendido mordiose los labios, para al fin decir, con voz sonora:— Reconozco que perdí los estribos, señor. Tened a bien .olvidarlo.

—Queda olvidado, señor d'Amboise —y sin exteriorizar su sorpresa, porque muchos habían sido los personajes extraños que en su accidentada existencia había tropezado, el Pirata Negro dirigióse hacia la puerta de su habitación. La abrió y Bussy d'Amboise destocóse el chambergo al entrar.

Bussy Leclerc fue a recoger su caja de estoques, y con ella bajo el brazo, entró a su vez en la habitación.

Prosper Taquin aproximóse titubeante.

—No os impongáis molestia, excelencia —dijo en voz baja.— Puedo esperar y me pondré a vuestra disposición, cuando hayáis terminado con estos dos caballeros.

—Pasad —apremió imperativo el Pirata Negro.

Deslizóse el leguleyo, que ocupó el lugar más apartado del vasto dormitorio. Bussy Leclerc colocaba cuidadosamente su caja encima de uno de los dos lechos, y la abrió…

Bussy d'Amboise, con el chambergo ante su pecho, y apoyada la diestra en la cadera, aguardó a que el Pirata Negro se le enfrentara tras cerrar la puerta.

—¿Tengo permiso, señor español, para presentaros mi querella?

—Hablad.

—Os supongo dispuesto a representar en todo a vuestro ausente amigo el marqués de Avapiés. ¿Me equivoco?

—Vais acertado. Continuad.

—Sabed entonces que últimamente se albergó en mi corazón la imagen de una linda y honesta criatura llamada Câline, a la cual no tuve inconveniente en hacer partícipe de la llama que me abrasaba. Ella me correspondió, y desdeñé los mejores partidos de la capital para dedicarme por entero al amor de Câline. ¿Es ilusión mía, señor, o existe en vuestros labios un esbozo de una sonrisa?

—Tened en cuenta, señor d'Amboise, que tengo asuntos muy graves en que pensar. Vuestras confidencias románticas me honran extremadamente, pero por el instante no veo la relación que guardan con lo que a mí me incumbe.

—Abreviando —dijo d'Amboise coléricamente.— Por culpa del marqués de Avapiés, ha sido preso el padre de Câline, y la pobre niña desamparada y huyendo de los corchetes, fue a solicitar mi protección. Quedó bien segura en mi casa, y salí en busca de alguien en quien desfogar mi justa ira. Y sólo me retiraré, si me presentáis todo género de excusas admitiendo la indignidad de vuestro amigo, que por salvarse, delató a Câline y a su padre.

El Pirata Negro arqueó las cejas, mientras su meñique alisaba su fino bigote.

—Habéis tildado de indigno y delator a mi amigo, señor d'Amboise. En su nombre yo recojo el guante, y os afirmo que tan pronto salga libre del Chatêlet, él os dará justa réplica, espada en mano. En su defecto, o a su muerte, yo os daré satisfacción.

Bussy d'Amboise inclinóse cortésmente.

—Queda calmada ya mi irritación, señor. Tengo vuestra palabra y si en algo me extralimité, achacadlo a la desazón amorosa que me producen las dulces lágrimas de Câline. Solicito ahora vuestra venia para retirarme.

Iba el Pirata Negro a replicar, cuando Bussy Leclerc se adelantó unos pasos.

—Quédate d'Amboise. Debes escucharme y también quizá te interesarán las revelaciones del hombre de leyes. Soy tu mayor, y ya sabes que cuando tantas palabras empleo es porque serios son los motivos.

Bizqueó atrozmente al encararse con el Pirata Negro.

—Una intriga macabra, señor español. Así es como califico la extraña denuncia que pesa, sobre el marqués. Quien como vos desarmó a Hirson con la izquierda, es hombre de honor, y no miente al asegurar que el acusado estuvo constantemente en su compañía, mientras tenía lugar en otro punto la muerte de Rochefort.

—Os retiro mi simpatía, Bussy Leclerc. Pero vuestra opinión favorable no basta. ¿Por qué calificáis de intriga macabra la red que envuelve al marqués?

—El más absoluto misterio encubre la personalidad del denunciante. Que es la misma persona que atestigua haber presenciado y no pudo impedir la alevosa muerte de Rochefort. Basta su testimonio para que el marqués coloque el cuello en el

tronco de decapitación. Y afirmo que los zíngaros Emmanuele y su hija, no han sido elegidos más que por su cualidad de zíngaros, y porque Rochefort no se desangró por las puñaladas de la espalda, sino, porque vaciaron sus venas. Eso es cuanto he averiguado, y tened por cierto que las actitudes reservadas de aquellos a quienes pregunté, permanece en el mayor secreto el nombre del denunciante.

—No me tengo por obtuso, Bussy Leclerc. Pero creedme si os digo que no penetro claramente lo sucedido. Hablad vos, Prosper Taquín.

El interpelado avanzó unos pasos, tosiendo para afirmarse la voz.

—De acuerdo con vuestras órdenes, excelencia, fui a solicitar licencia para visitar en calidad de defender al marqués de Avapiés. Tan sólo obtuve permiso para asistir a la audiencia del proceso. Me fue rebatida la demanda con alegato de que el delito de mi patrocinado era de magia negra. Triste es reconocer los estragos que la superstición causa aún entre los más elevados sectores de la sociedad parisina, excelencia.

—Id al grano. Taquin —apremió el Pirata Negro.

—Presto obedezco, excelencia. El cirujano que acudió al lugar del crimen dictaminó que las heridas de la espalda presentaban emplastos con los que se había detenido el desangramiento. Y en cambio, el rostro desfigurado y la extrema flaccidez del cadáver así como ciertos cortes de las venas en el cuello, denotaban que le había sido extraída la sangre al barón de Rochefort.

Relampaguearon tos ojos del pirata Negro, a impulsos de la ira.

—¿Y de tan repugnante crimen se acusa a, Diego Lucientes? ¡Si hay justicia en París, será oída mi voz!

Calmóse con esfuerzo, y con tono normal añadió:

—¿Qué más habéis averiguado?

—Un testigo afirma que vio rondar a los zíngaros. Y han sido acusados de complicidad en la brujería. Sabido es que en el centro de Europa existe una atávica costumbre supersticiosa, que atribuye grandes poderes curativos a la sangre de un hombre fuerte y joven que…

Interrumpióse Taquin palideciendo densamente, mientras miraba a Bussy d’Amboise. El Pirata Negro habló con impaciencia:

—No seáis necio, Taquin. Del mismo modo que yo, sin conocerla, declaro totalmente incapaz de prácticas tan absurdas e inhumanas a la dama que el señor d’Amboise eligió por amada, también cuento con la convicción del caballero Bussy Leclerc, que sabe que yo no puedo haber elegido por amigo a hombre que dé muerte por la espalda, y menos que use de hechicerías.

Bussy d’Amboise saludó, y al enderezarse, su rostro resplandecía.

—Por la hidalguía de vuestras palabras, señor español, al defender el buen nombre de Câline, dispuesto estoy a enjuiciar bajo otro aspecto ese tenebroso asunto que Bussy Leclerc, hombre comedido, no vacila en calificar de intriga macabra. Ordenad a vuestro hombre de leyes que siga exponiendo cuanto sepa.

—Poco me queda por decir, excelencia —dijo Taquin a la señal del Pirata Negro.— No sé qué intereses se ocultan bajo el deseo de culpar al señor marqués del crimen que no cometió, pero son de excesivo poder, para que yo me atreva a... tomar la palabra... en... en defensa de una causa... perdida de antemano.

—¿Qué temes, imbécil —inquirió el Pirata Negro.

—La muerte acecha al que osa defender a reo de brujería, excelencia. Tengo la valentía de reconocer que soy medroso, e incapaz sería de pronunciar la menor palabra ante el tribunal. Condenarán a muerte en la hoguera al señor marqués. Por favor, mis excelencias, por favor-suplicó Prosper Taquín retrocediendo un paso, apte la triple mirada. —¿Qué puede mi saber contra las pueriles supersticiones que atribuyen poderes de magia al armazón de hierro con que el señor marqués cubre su corazón? ¿Qué elocuencia podría vencer cuando los mismos cabellos rojos del señor marqués son interpretados como indicio de bebedor de sangre?...

—Echadlo por la ventana —aconsejó lacónicamente Bussy Leclerc.

—Mejor será que le deis muerte a punterazos de bota —expuso Bussy d’Amboise son sincera convicción.

—¡Por favor, excelencias! —y Prosper Taquin temblándole las piernas, juntó las manos implorante.

El Pirata Negro le asió del coleto, sin brusquedad.

—Eres tan estúpido como todos los que pretenden juzgar a mi

amigo, chupatintas. Quedas relevado del honor que te dispensé. No te lo reprocho, Taquin. ¿Por qué ibas tú a defender al acusado?

Le soltó con leve empujón.

—Yo le defenderé, y me oirán los del Tribunal, quiéranlo o no —afirmó Lezama.

—Contad conmigo, señor español —dijo Bussy Leclerc.

—Y conmigo-añadió Bussy d'Amboise. —Que los Bussy quieren ser testigos ante el Tribunal, y ante el propio Rey si preciso fuera, de las palabras de un caballero.

El Pirata Negro señaló a Prosper Taquin la puerta, y el asustadizo jurista andando inclinado hacia atrás, abrió, desapareciendo...

—Gracias, señores —dijo el Pirata Negro, cuyo enojo se mitigaba al mirar a los dos hermanos.— Os afirmo que si con palabras no logro convencer a los magistrados, gustoso convertiré el Tribunal en campo de batalla, pero no prevalecerá la acusación hecha contra un desgraciado que aún en los peores trances, siempre fue lo mejor a que puede aspirar quien ciñe espada: un hombre entero... —Se interrumpió—. ¿Qué ocurre ahora?

Su pregunta iba dirigida a Prosper Taquin que andando cautelosamente acababa de entrar.

—Huid, excelencia. Abajo está el capitán Grinchon con diez mosqueteros del retén. Pregunta por vos, y lleva orden de detención. Huid, que si entráis en el Chatêlet, estáis perdido.

—Huye tú, Taquin —dijo el Pirata Negro crispando los puños.— Toma esta bolsa por el aviso —y le arrojó ante los pies un retículo de malla que contenía monedas de oro.— No he huido cuando la razón no estaba de mi parte. Menos pienso hacerlo ahora en que ardo de indignación ante la conjura inexplicable que rodea a dos españoles en París.

Prosper Taquín recogió la bolsa y a toda prisa salió de la habitación, mientras el Pirata Negro saludaba a los dos hermanos.

—Lo siento, señores, pero me vea obligado a rogar que tengan a bien permitirme a solas la visita del capitán Grinchon.

Bussy Leclerc acercóse a su caja abierta y extrajo un estoque. Era un arma pesada, de ancha hoja, con guarda cóncava y doble espigueta.

—Los traje para que nos ejercitásemos, señor. ¿Qué mejor

ocasión que ahora? ¿Me hacéis el honor de sopesar esta arma?

El Pirata Negro asió el arma que por la hoja le tendía Leclerc.

—Otra para mi, Bussy Leclerc —exclamó d'Amboise—. Hago mía cualquier calumnia que al manchar al caballero aquí presente, mancilla también a la deliciosa paloma de mis amores.

Bussy Leclerc, bizqueando, tendió otro estoque a su hermano, y al extraer otro más, explicó:

—Son armas que chocando entre sí, pueden quebrarse. Traje mis cuatro mejores estoques.

Sonrió Lezama, y halló los términos apropiados:

—Señores Bussy: con tres estoques como los que aquí aguardan, tendremos que rogar al capitán Grinchon que regrese acompañado de el triple de mosqueteros.

Los dos Bussy, apoyada la punta del estoque en el suelo y cruzadas las manos encima de la guarda, asintieron mudamente…

CAPÍTULO V

Merodeos nocturnos

El capitán Roger Grinchon se detuvo ante la puerta entreabierta que al extremo del pasillo, el posadero designó, desapareciendo a continuación escaleras abajo.

Dos mosqueteros quedáronse cerrando con sus espadas cruzadas el acceso a las escaleras. Otros dos se detuvieron a medio corredor. Otros dos se colocaron a ambos lados de la puerta, y seguido por los otros cuatro, empujó Grinchon la puerta pon el pomo de su espada.

No fue más que un instante de vacilación, pero anduvo aún tres pasos más y tras él, los cuatro mosqueteros con las espadas desenvainadas y apoyadas encima del hombro derecho, abriéronse de piernas con ruidoso taconeo, adoptando la postura del «Garde a vous».

Roger Grinchon miró a los dos extravagantes sujetos que a espaldas del Pirata Negro, un paso atrás y formando con él un triángulo, apoyábanse en recios estoques de corte ya desusado.

Carlos Lezama sostenía el arma empuñándola por la guarda y asiendo la punta con el pulgar y el índice de la zurda, apoyando la ancha hoja contra el pecho.

—¿Sois vos el llamado Lezama? —preguntó Grinchon autoritariamente.

—Soy y lo sabéis. Esta mañana tuve el placer de acompañaros hasta las cancelas del Chatêlet.

—Si reconocéis serlo, daos preso —anunció Grinchon ceñudamente.

—Me parece legítimo que antes quiera saber por qué razón, debo entregarme, capitán Grinchon.

—Orden verbal del coronel La Fournaise.

—Notificadme los motivos en los que se basa dicha orden.

—Complicidad y participación en las artes demoníacas del detenido en Le Chatêlet.

Rió el Pirata Negro con sarcasmo irritado.

—¿Qué artes demoníacas he demostrado poseer? Precisamente demuestro paciencia angelical oyendo tanta palabrería, más propia de viejas chochas que de cuerpo de caballeros que ostentan la Cruz de Lorena en el pecho.

—Yo obedezco y cumplo las órdenes que recibo, sin discutirlas ni comentarlas —rebatió Grinchon, adusto el semblante, como de costumbre—. Invito a los señores que me escuchan, a que abandonen la estancia.

—Yo soy Bussy Leclerc, capitán Grinchon, y me conocéis.

—Yo soy Bussy d'Amboise, capitán Grinchon, y también me conocéis.

—Estoy en acto de servicio, señores Bussy.

—Lo lamento por vos, capitán —dijo la enfática voz de Leclerc.

—Estoy de acuerdo con Bussy Leclerc —comentó el timbre más agudo de Bussy d'Amboise.

—Hemos hablado más de la cuenta, Bussy d'Amboise —reprochó Leclerc—. Es el caballero español quien tiene el mando. Somos simplemente sus testigos.

—¡Atención, señores Bussy! —exclamó Grinchon. Y en sus pupilas alentó un indefinible asombró mientras miraba a Lezama.

Era creencia más que aceptada, la de que por artes demoníacas, existían seres que tenían poder para captarse las voluntades más reacias. Y Roger Grinchon, sabedor de que «los altos mandos» atribuían brujiría a los dos españoles, apartóse por unos instantes de su rutinaria costumbre, desviando la vista del rostro bronceado, que al sonreírle se le antojaba imagen viva del diablo.

—Atendedme, señores Bussy. Siempre habéis sido respetuosos con la ley. La ley ordena la detención del llamado Lezama, español, acusado de brujería y confabulación con los poderes sobrenaturales.

La carcajada del Pirata Negro fue breve y mordaz.

—Mis poderes son mi lengua, mis brazos y mi corazón, capitán. No me enfurezco con vos, porque sois instrumento y no inspirador de tal engendro calumnioso. Los señores Bussy tienen corazón de hombres como no dudo lo es el vuestro, y no relinchan como hiena

bastarda de borrico; eso es quien difundió la venenosa especie y amparado en su poder, engañó a las autoridades jugando con la fácil credulidad de los que por las noches, antes de acostarse, miran bajo los lechos, temiendo que algún diablo abandone el averno para divertirse. Habéis dicho que estáis de servicio, capitán Grinchon. Yo también tengo un servicio que cumplir. Quitar la venda de los ojos de los que juzguen al preso del Chatêlet, con sólidos argumentos que nada tienen de mágicos. Y si preciso fuera, a estocadas les haría entrar en razón, porque me asiste la fuerza de la verdad que disipará las tinieblas. Os invito a que os retiréis, capitán, y comuniquéis al coronel La Fournaise, que de hombre a hombre estoy dispuesto a visitarle cuando me lo indique. Pero como prisionero, nunca. No por desacato a los mosqueteros, sino porque ante jueces yo comparezco andando libremente y por mi propia voluntad.

—¡Bravo! —sonó a espaldas de Lezama la voz aguda de d'Amboise.

—¡Tal como yo hubiera hablado! —comentó el órgano enfático de Leclerc.

Roger Grinchon señaló hacia atrás.

—Os advierto, señores Bussy, que diez mosqueteros sin contarme a mí, cierran el paso. Se os declarará en rebeldía, si persistís en la actitud de apoyar al que la ley reclama.

—No me apoyan, sino que me sustentan —dijo sonriente el Pirata Negro—. Los estoques que esgrimen son meros incidentes. Deseábamos hacer algún ejercicio… pero os doy mi palabra, que no lo deseamos a costa de once bravos mosqueteros.

—Por última vez, señores Bussy —exclamó Grinchon, ceñudo—. Os invito a abandonar la estancia, donde he de proceder a la detención del que es mi deber hacer preso para encerrarlo en celda del Chatêlet.

—Os invito a que os marchéis, capitán —sonrió el Pirata Negro —. Comprended que yo ofendería a los hermanos Bussy, si añadiera mi invitación a la vuestra.

—¡Atención, mosqueteros! —gritó Grinchon, según le ordenaba el reglamento—. ¡Por el Rey! ¡Presentad las armas a mi voz de mando!

—Los cuatro que hasta entonces hablan estado en rígidas

posturas, retrocedieron la pierna izquierda y abatiendo la espada que apoyaban sobre el hombro, se colocaron en posición de guardia.

—De plano empleaba el estoque el segundo Bussy —dijo la voz enfática de Leclerc.

—Contra tercos instrumentos valientes, y como ejercicio, me honraré siguiendo el ejemplo de la estirpe de los Bussy —dijo el Pirata Negro.

—¡Cargad! —Ordenó Grinchon, avanzando.

En un instante, la habitación convirtióse en escena de un rápido maniobrar, y el ruido de los aceros fue el diálogo que se entabló.

Los tres estoques, en raudos molinetes, barrían las cinco aceradas puntas que persistían en buscar acceso a los brazos contrincantes.

Cuando en el umbral aparecieron otros dos mosqueteros, Carlos Lezama manejando el pesado estoque a modo de sable de abordaje, lo abatió de costado y a hoja plana, contra el cuello de Roger Grinchon. A la vez saltó hacia atrás para evitar la estocada que le asestaba su más próximo rival.

Los hermanos Bussy avanzaban impetuosamente, con gruñidos de satisfacción cada vez que lograban abatir de plano el estoque contra un cráneo…

Saltando por encima del cuerpo de Grinchon, el Pirata Negro detuvo en vertiginoso semicírculo la primera acometida de los restantes mosqueteros que hablan invadido la habitación

Los dos Bussy a sus costados, fueron trabando hábilmente sus hojas con los aceros atacantes. Gruñeron dos veces más, y retrocedieron cuando sólo quedaba en pie un mosquetero, que tendiéndose a fondo pretendió alcanzar en recio punterazo mortal el pecho de su antagonista.

Ladeó Lezama la espada, y en rudo movimiento, la hoja del estoque chocó contra la carótida del mosquetero…

Varios cuerpos yacían unos sobre otros, y en el silencio que siguió, Bussy Leclerc fue mirando a los vencidos.

—Eran pocos once aceros contra nuestros tres estoques —comentó desilusionado—. ¿Por qué no enviaría La Fournaise a una compañía de mosqueteros?

—Ignoraba que estabais presentes, señores Bussy —dijo el Pirata

Negro seriamente.

—Buen estoque, Bussy Leclerc —admitió d’Amboise tendiéndolo a su hermano, y procediendo inmediatamente a rectificar el desorden de sus dijes, encajes y cadenas.

—Esos once hombres me sugieren una idea —dijo Leclerc mientras colocaba en su caja los tres estoques.



—¿Qué más habéis averiguado?

E1 Pirata Negro se inclinó y quitando la casulla mosquetera a uno de los desvanecidos, mostró la Cruz de Lorena bordada en negro en ambos anchos: en el frontal y el espaldar.

—En los merodeos nocturnos, el uniforme mosquetero es llave que abre las cancelas más cerradas —comentó el Pirata Negro.

—¿No recuerdas, Bussy d'Amboise, cuando el segundo Bussy nos contaba cómo liberó a Genevieve Trouville?

—Vistió ropas de abate.

—Tiempo ha que me aburre no hallar ocasión de aventura, d'Amboise.

Mientras hablaban, los dos hermanos rasgaban con sus espadas las cortinas que acababan de arrancar de los lados del lecho, sosteniéndolas por un extremo entre los dientes.

El Pirata Negro fue quitando las casullas a todos los mosqueteros.

—Tus botas, d'Amboise.

—Tus calzas, Leclerc.

—Tu chambergo, d'Amboise.

—Tu retículo, Leclerc.

Los dos hermanos, a medida que citaban las prendas, iban desnudando de ellas al que más cerca tenían. Procedieron después a amordazar y atar con dos trenzados de los jirones de cortina.

El Pirata Negro actuó con la misma rapidez que ellos, y ultimada la labor, dirigióse sobre la punta de los pies hacia la puerta. La abrió de golpe, y el posadero falto de punto de apoyo, cayó de bruces al suelo.

—Te atacó ceguera, obeso catasalsas —dijo el Pirata Negro dándole un leve puntapié en las sentaderas.

El posadero se arrodilló.

—Y eres mudo, a fe de Bussy Leclerc —añadió el bizqueante espadachín.

—Si en esta habitación, entra alguien antes del amanecer, conocerás lo que es el fuego en que se ponen dorados tus pollos —remachó d'Amboise. Al terminar de hablar lanzó un bufido, y su perilla se levantó enhiesta.

—A sangre y fuego arrasaré tu posada, si a quien pregunte no afirmas que los diez mosqueteros del capitán Grinchon se llevaron a un preso al Chatêlet —dijo el Pirata Negro—. Y ahora, decidme, Bussy Leclerc, ¿sugerís un procedimiento para rellenar ocho cruces de Lorena?

—Dentro de una hora a lo sumo lo habré solucionado. ¿Y el preso?

—Tal será mi cometido —prometió Carlos Lezama.

Bussy d'Amboise señaló al posadero, que seguía arrodillado, y al montón de ropas.

—Quedo esperándote, Bussy Leclerc.

El Pirata Negro tendió la diestra.

—Rectifico mi opinión primera, d'Amboise. Sois un animoso y galante espíritu.

—Todos los Bussy fueron amigos de la lucha contra la calumnia y la superioridad en número —dijo d'Amboise—. Por eso los Reyes reconocen que no hay mejor blasón que el de los Bussy.

Tras el enérgico apretón, el rubio y elegante parisino detuvo con la mirada al posadero, que se deslizaba hacia la puerta.

Bussy Leclerc enlazó su brazo coa el del Pirata Negro.

—Tratad de dar feliz y pronto remate a la defensa de vuestro amigo, señor español —fue diciendo, mientras el Pirata Negro y él se dirigían hacia la puerta, levantando las botas para no tropezar con dos amordazados—. Me cosquillea la mano ansiosa de ejercicio. Cuatro asaltos de media hora, y sobre todo por el orden clásico que los...

La voz enfática fue apagándose, y cuando ya dejó de oírse, Bussy d'Amboise miró al posadero.

—Nunca tu mansión tuvo tal honor, zascandil. Bussy d'Amboise se digna compartir contigo y once mosqueteros en una de las habitaciones, del «Cocq d'Or».

CAPÍTULO VI

La pesadilla de Monsieur de Saint Just

El representante de la acusación real, cenó con muy buen apetito, aunque con exquisita frugalidad. Sustentaba la opinión que la última comida del día debía ser ligera, para que el sueño fuera reparador, y exento de divagaciones locas del cerebro.

Metódicamente, después de la jornada de trabajo, «Monsieur» de Saint-Just practicaba un credo higiénico. Acostarse inmediatamente después de cenar, que las horas que sonaban entes de la medianoche contaban doble, según un cálculo especial que se había forjado.

Y levantarse al canto del gallo, mantenía el espíritu alerta y la imaginación, presta a sepultarse en las intrincadas lecturas de los informes que archivaba en su despacho.

Desnudóse, y vistió el camisón, abrochándoselo cuidadosamente bajo el cuello, a la vez que con agrado cambió la peluca por el gorro de lana. Introdujo sus pies gordezuelos en medias de lana, y deslizóse entre las sábanas.

Buen higienista, dormía con la ventana entreabierta, porque se le antojaba que en aquel primer piso de su suntuosa casa de solterón, el aire era mucho más sano que el que circulaba por las calles a rae de suelo.

Fue ahondando la almohada hocicando en ella, y cuando halló la tibieza requerida, retrepóse con el embozo, después de alargar su brazo la mesita de noche, para coger el capuchón con que cubría la mecha de la gruesa vela perfumada.

Y con la obscuridad, llegó Morfeo, cerrándole los párpados. Hasta en su manera de dormir, indicaba «Monsieur» de Saint-Just la mesura de su carácter. Sus respiraciones no llegaban a ronquidos,

pero sobrepasabas en sonoridad silbante, a los suspiros.

Flotó por tiempo que no podía medir en la nebulosa vaguedad en que nada tenía precisión. Pero, sensiblemente, fue aumentando en él la molesta sensación de que un peso gravitaba cerca de sus pies, hacienda que se atirantaran las muelles sábanas.

Removióse cabeceando hasta que halló una nueva posición. Pero el peso seguía gravitando, y lo que era, peor, sus párpados no eran una cortina que le proporcionaba completa obscuridad, sino que blanqueaban transparentando luminosidades indeseables.

Confusamente hizo el propósito de do beber el vasito de champaña, con el que epilogaba su cena. El chispeante vino debía ser el culpable de la pesadilla, en la que un halo de luz, siluetaba la figura sarcástica de un diablo sentado al pie de su cama.

—...pero a dormilón no os discuto la capacidad.

Conocía aquella voz, con la que le hablaba el personaje de pesadilla.

De pronto, se halló sentado, frotándose los ojos y respirando aceleradamente, con las mejillas encendidas.

El halo de luz lo formaba la llama de la vela, y el diablo era el español que por la mañana le habla abordado: no era una pesadilla en la que tuviera responsabilidad el champaña.

—Como vos dormís, suelen dormir los seres a quienes la conciencia no les atosiga, o bien porque la tienen tranquila, o bien porque carecen por completo de ella, «Monsieur» de Saint-Just.

El magistrado apartó los nudillos de sus ojos, y haciendo acopio de valor, contempló a su visitante nocturno.

—Allanamiento de morada, señor —habló con leve dificultad. Su lengua se resistía a moverse con elocuencia en aquellas horas inusitadas.

—A la espera de un silbido de aviso, no tengo inconveniente en que intercambiemos argumentaciones legales. Pero por si el decoro os veda hablarme mientras os vestís, usad el púdico cobertor de las sábanas y las mantas.

Carlos Lezama arrojó encima del embozo las ropas negras de «Monsieur» de Saint-Just.

—Os ordeno que abandonéis... inmediatamente mi alcoba.

—La abandonaremos juntos para dedicarnos a una obra de justicia, que para eso al parecer ostentáis un cargo: castigar los

crímenes. Os doy a elegir .entre dos alternativas: privar a Francia de un acusador de vuestra alcurnia, u obedecerme sin rechistar.

—Unís la amenaza al asalto de morada ajena.

—El gorro de lana y el camisón no se prestan a conferiros la dignidad que os pertenece, «Monsieur» de Saint-Just. Estimo más decoroso que os vistáis.

—Salid de aquí antes de que llame, pidiendo la ayuda de los ciudadanos honrados.

—Sería vuestra última perorata. Mi espada es más larga que vuestra voz, y ya que me acusáis de concomitancias con el diablo, os aseguro que mi cómplice os aguardará para tributaros un cordial recibimiento, si os sentís retozón. ¡Presto! ¡Revestid vuestros trapos!

«Monsieur» de Saint-Just levantó las rodillas y ahuecando las sábanas sacó los brazos para coger la ropa, que cubría el embozo, y la introdujo en el interior de la cama.

—En vuestro despacho no había documento alguno que me diera noticia de quien fue el autor de la denuncia contra el marqués de Avapiés. Vos, como servidor que sois de la justicia, tendréis la bondad de revelarme el nombre que deseo.

Saint-Just forcejeaba bajo las sábanas, y su gorro de lana bamboleábase siguiendo los vaivenes de su cuerpo...

—Replicadme —apremió el Pirata Negro.

—Pertenece al secreto del sumario, y yo mismo no lo sabré hasta mañana en el acto del proceso, porque el acusador tiene que citar como testigo a quien denunció. Sólo mañana lo sabré.

La voz de Saint-Just sonaba apagada.

—No admito engaños, Saint-Just. ¿En tan poco aprecio tenéis el poder disfrutar en el futuro de la tibieza de un lecho tan confortable?

Asomó el acusador el rostro, rubicundo por el esfuerzo de vestirse incómodamente.

—Os juro que ignoro lo que me preguntáis.

—Entonces vendréis conmigo, y hablaréis cuando la tenaza de fuego muerda vuestras rollizas mantecas.

—Podéis cometer cuantas tropelías queráis, que os juro ignoró el extremo que suscita vuestra curiosidad. Dispuesto estoy a morir y sufrir tormento, como mártir al servicio de la justicia.

Y arrebatado por su propia declaración, «Monsieur» de Saint-

Just echó fuera las piernas, tanteando en busca de sus zapatos. Sentado de costado en la cama miró con renovada inquietud a su visitante.

—Considero inútil resistirme, señor. Daréis cuenta de vuestro desacato a la ley.

Un silbido modulado en arpegio ascendente, que se apagó con brusquedad, hizo que el Pirata Negro, señalara al magistrado la peluca. Saint-Just quitóse maquinalmente el gorro, dejándolo encima de la cama...

Se colocaba la peluca, cuando en su boca notó un contacto tibio, y en su cuello una presión que le obligó asustado a separar los labios, dispuesto a gritar.

El gorro de lana se introdujo en su boca, y el tapete que cubría un lado de la mesita de noche, sirvió para mantener la lana, en rápida ligadura en el impropio papel de mordaza.

Agitó los brazos Saint-Just mientras perneaba, pero quedóse inmóvil cuando en su oído, la voz de su atacante habló incisivamente:

—Quieto y no lo lamentaréis.

Sintióse levantado en vilo, y quedó colgando del ancho hombro del que abandonando la alcoba y llevándolo como un fardo, salió a la pequeña terraza.

Cerró Saint-Just los ojos, porque en su posición se le antojaba un hondo abismo la distancia que separaba aquel primer piso del suelo.

Con el brazo derecho rodeando la cintura del magistrado, Carlos Lezama se ayudó con la zurda, para ir bajando por la cuerda atada con nudo marinero al zócalo de la balaustrada.

Al llegar al suelo, sostuvo en pie a su carga. Tambaleándose, «Monsieur» de Saint-Just agitó la cabeza y gesticuló formulando una muda petición de auxilio al ver diez mosqueteros formados en cuadro de escolta de presos.

Meditó que no estaba despierto. Era una pesadilla que continuaba, ya que era imposible que un capitán de mosqueteros le empujase tan rudamente hasta obligarle a quedar rodeado por las cruces de Lorena.

Quiso manotear en busca del nudo que ligaba la mordaza, pero sobre sus brazos se abatieron dos manos. Y, casi en vilo, quedó inmóvil, sintiéndose al borde de la locura ante lo incomprensible.

—¡En marcha! ¡Marcando el paso! —. gritó Bussy d'Amboise.

Y en cabeza dio el ejemplo, taconeando arrogantemente, embozado en su capa, bajo la que se veía la cruz de Lorena.

Las mismas manos que impedían a Saint-Just quitarse la mordaza, le obligaron a andar, perneando a ratos en el aire, al compás del marcial ritmo.

Tras el grupo, Bussy-Leclerc, andaba junto al Pirata Negro, que al desembozarse la capa, dejó también al descubierto la Cruz de Lorena.

—Ocho rufianes contentos —declaró Leclerc.— No les disgusta ser mosqueteros por unas horas. Habituados a barrer mi sala, limpiar los aceros y dar las primeras réplicas a mis discípulos, esto significa para ellos una diversión.

—Exponéis mucho, Bussy.

—Absolutamente nada, señor español.

—Llegará a oídos del rey, porque Grinchon informará.

—Y como vos demostraréis que se iba a cometer una injuriosa afrenta y una injusticia, el Rey reconocerá que, como siempre, Bussy mantiene en alto el pabellón de los que defienden las buenas causas.

—Ojalá el Rey tenga el buen gusto de admitirlo así.

—Hubo Bussy que fueron mal entendidos. Pero si el caso llegase, tengo, la mejor defensa en lo que el mismo Rey pregona. Cuando él habla de mí, dice: «Convierte a mis cortesanos en hábiles esgrimidores. Es uno de mis valiosos súbditos». Si el Rey me echase en cara lo de esta noche, le haría comprender que yo necesitaba cuatro asaltos de media hora, para el propio bien de sus cortesanos. Y a solas, naturalmente a solas con él, le diría: «Vos habríais hecho lo mismo que yo, Majestad. ¿Queréis que en España nos tilden de ignorantes supersticiosos?». Luis, a su modo, tiene casi tan buena estirpe como los Bussy. Fingiría enojarse, pero al final, me daría la razón. Los Bussy sólo consentimos a los Luises que nos perdonen aquello que hacemos.

El Pirata Negro tardó un instante en contestar.

—Nada tengo de adulón, Bussy Leclerc. Pero si estuviera en la cuna, me pondrían en un brete al darme a escoger entre ser Luis el Rey o Bussy el caballero.

Bussy Leclerc bizqueó con repentino frunce de cejas.

—¡Diantre! —exclamó, maravillado.— Esta frase se la soltaré a Bussy d'Amboise a la primera ocasión que se tercie.

Las botas resonaban ya sobre la pendiente mal empedrada que conducía al Chatêlet.

Cada hombre conocía su misión, y echado el chambergo sobre los ojos, Bussy d'Amboise, embozado en la capa, rendía aceptablemente la gallardía de Roger Grinchon.

El sargento, en alto la linterna, dio orden de abrir las cancelas, y al entrar la comitiva que suponía ser el retén de regreso con su prisionero, se halló desagradablemente sorprendido, por la recia impresión demoledora de un puño que le derribó al chocar contra su frente.

«Monsieur» de Saint-Just continuaba vacilando entre creerse despierto o bajo los efectos de una pesadilla.

Aquellos mosqueteros saltando silenciosamente sobre sus propios compañeros, y la breve lucha de los vencedores por sorpresa, tenían, que ser escenas incoherentes fruto de una mala digestión.

Los dos que le mantenían por los brazos le arrastraron hasta la galería que conducía a las celdas de prevención.

Terminó su pesadilla, cuando cayó de bruces sobre un humeo pavimento, empujado sin miramientos al interior de una celda cuya puerta rechinó lúgubremente al volver a cerrarse.

Se dio cuenta que estaba perfectamente despierto. Y casi se estimó salvado, por el instante, entre las paredes de su prisión.

Aspiró afanosamente, para irse recuperando de la asfixia que le había producido la mordaza, y miró rencorosamente su gorro de lana, al quitárselo de la boca.

Y de pronto pensó con orgullo, que seguramente era el primer caso en la historia de Francia en que un acusador real quedaba preso en una celda del Chatêlet, secuestrado por fingidos mosqueteros en complicidad con un aventurero español.

CAPITULO VII

El brujo, la Zíngara y el aquelarre

Diego Lucientes, desde, el instante en que tras él no hubo más que la punta de una celda, desfogóse por unos instantes, dirigiendo invectivas de todo calibre contra los cuatro muros lisos.

Una pequeña claraboya de rejas en lo alto vertía una luz mortecina, recogiendo el sol que de soslayo pendraba hacia la tétrica mansión del Chatêlet.

Calmóse por fin Lucientes, y fue a sentarse en el camastro.

—El hidalgo Lezama quedó fuera, y poco he de quedar yo aquí dentro. ¡Antro «do» toda incomodidad halla su asiento! —recitó la exclamación cervantina, intentando hallar un espacio más blando.

Al considerar baldíos sus intentos, reanudó su soliloquio:

—Debo tener una espantosa cara de bobalicón, porque torta que se pierde, torta que me persigue y me da. ¡Oh, dómine Ruiz! —invocó a su primer maestro—. Tú eras el que pretendías que más ofensiva era la indiferencia de la humanidad que el agravio. Y que más valía ser calumniado que pasar ignorado. ¡Ah, dómine Ruiz! Pedante grullo atiborrado de lecturas sin experiencia. Ha tiempo que diste con tus huesos en el sepulcro por un exceso de hambre insaciable. La única lección que sabías por experiencia. Te perdono porque tuviste muerte de can sufrido y con mal dueño, pero tú que me oyes, reconocerás tu error.

Fingió tender el oído, y escuchar.

—De acuerdo. Que solo tengo aquello que me busco, dómine Ruiz. Pero cálate las antiparras que empleabas para que nos convenciéramos que los pollinos no usan cristales de aumento, y examina lo ocurrido. Me rindo a las enternecedoras súplicas de una mujer con nombre bíblico. Y por única vez en mi aperreada

vagancia, me trago la lengua, y aguanto la humillación de pasar por cobarde. ¿Qué consigo? Que me acusen de haber dado muerte alevosa y qué sé yo cuantas otras cosas, al mismo con el que rehusé pelearme. En e1 fondo, sabes, yo no sentía gran resquemor por Rochefort. Me hubiese contentado con atravesarle un brazo y darle, por algunos días, cama más blanda que está en que me siento. Un alón de gavilán que ronda nidos de palomas con el pico dorado. ¿Quién le habrá dado muerte?

Tendióse en el camastro, entrelazando los brazos bajo la nuca, y cruzando las piernas.

—Lo que sea sonará, que ya agitará la campana el hidalgo Lezama.

Y ahora descabezaré un sueñecito, dómine Ruiz, que pasé la soche en vela.

Durmió poco tiempo, y soñoliento aún, abrió los ojos al sentirse sacudido por el hombro izquierdo.

El capitán Grinchon habló hoscamente

—En pie, acusado. Visita de juez.

Dos mosqueteros, espadas desnudas, encuadraron al prisionero, que levantándose, se desperezó bostezando.

Andando majestuosamente entró un individuo de negros ropajes. Era uno de los ayudantes de «Monsieur» de Saint-Just.

Llevaba entre las manos un rollo de papel que desenvolvió.

—Cumpliendo, el trámite de toda justicia que aúna la severidad con la decisión exenta de parcialidad —. recitó con engolado empaque— procederé a dar lectura a la acusación. Conteste el encartado si reconoce ser cierto que es de nacionalidad española, y ostenta indebidamente un titulo falso.

—En Avapiés nací y lo de marqués lo añadí para andar más acorde con el rango de una gran capital como París.

El escribano hizo una cruz en el documento en que leía y prosiguió: —Conteste el encartado si reconoce ser cierto que retó y provocó al interfecto barón de Rochefort en la sala de juego del lugar tolerado de diversión que rige como propietario David Youpin, el judío.

—Apunta otra cruz, mochuelo —sonrió Lucientes.— Que también, es mucha verdad ese extremo.

—Conteste el encartado si reconoce ser cierto que a las siete de

la madrugada del día de hoy acudió al paraje denominado de la Fuente de Diana de Turgis, emplazado en el Campo Elíseo, donde presentó sus excusas al interfecto barón de Rochefort, negándose a cumplir su compromiso de caballero.

—Remoja la pluma otra vez, y marca otra. ¿Qué más?

El escribano leyó ahora con más prosopopeya:

—Conteste el encartado si reconoce ser cierto que en complicidad con los zíngaros Emmanuele y Câline, los titiriteros italianos, dio muerte al citado e interfecto barón de Rochefort.

—Bébete la tinta, cuervo. Y no graznes más a partir de esta pregunta, porque ya no hay más cruces. Desde que me separé del barón de Rochefort en los Campos Elíseos hasta que me apresaron, no le volví a ver. Y, en cuanto a los zíngaros que citas, ni siquiera tengo la menor idea de quienes son.

—Prevista la negativa —siguió leyendo el escribano— y deteniéndose la lectura al formulismo exigido por la evacuación del sumario, conteste el encartado si reconoce ser cierto que se dedicó a prácticas ocultas y manipulaciones infernales y en complicidad con poderes de magia, revive actos de brujería.

Diego Lucientes pestañeó mirando al escribano. Después lanzó una ojeada al capitán de mosqueteros y a los dos que dirigían sus espadas hacia él. Les vio totalmente impasibles, como si lo que acabaran de oír no tuviera nada de particular.

—Opto por dos réplicas, mochuelo. O estás en uvas y atiborrado de lecturas de alquimia, o eres un espantoso cretino inmundo. ¡Repámpanos! ¿Qué es eso de manipulaciones infernales, poderes de magia y tal? ¿Me tildan de brujo, mal rayo me parta? ¿No basta con que me colguéis el sambenito de una muerte que no me atañe, para que por añadidura, me enjaretéis un cúmulo de sandeces sin ton ni son? ¡Ahueca, pajarraco! No me hagas perder el buen humor con tu presencia de engreído chupatintas v tus rebuznos de bellaco... ¡Esfúmate, pútrido gusano, o para darte gusto invocaré a mi amigo Perico Botero!

Y llevado de su espíritu burlón, Diego Lucientes proyectó hacia adelante su diestra en cabalísticos gestos como si efectuara pases magnéticos, tal como una vez había visto operar a un charlatán que manifestaba ser dueño de las voluntades de los que le escuchaban.

—¡Fú, fá, azufre y berenjena! —exclamó con una carcajada.



Calmóse por fin Lucientes...

Su risotada brutal y el gesto burlón dirigido hacia el ayudante de «Monsieur» de Saint-Just, junto con las palabras que pronunció en español, tuvieron por resultado algo que no esperaba.

El escribiente retrocedió rápidamente, y salió de estampía de la celda. Con menos prisas, el capitán. Grinchon y sus dos mosqueteros abandonaron también el estrecho recinto.

Diego Lucientes estuvo unos instantes estupefacto. Después se encogió de hombros, y sonriendo se tendió de nuevo en el camastro.

Verdadera imagen de la despreocupación, entrelazó sus brazos bajo la nuca, cruzando las piernas.

¿Te das cuenta, dómine Ruiz? ¿Pues no me endilgan el epíteto de brujo? Muchas cosas me han llamado en muy distintos sitios, pero nunca merecí el calificativo de compadre de las viejas feorras que montadas en escobas y con gorro cónico y estrellado, cabalgan por los espacios. ¿Serán imbéciles los jueces de París? Pobre Adán el que cae aprisionado entre las páginas de un Código. Por suerte, el hidalgo Lezama descorrerá todo ese velo de absurdos. Y ahora, aprovechemos esta forzosa ociosidad y durmamos como dicen que roncan los espíritus libres de pecadillos, o los que como yo revientan de cansancio, por exceso de sorpresas y falta de reposo.

Pero no pudo saciarse de dormir. No le despertó el chirriar de cerrojos con los que por un instante la puerta se entreabrió y una mano depositó en el suelo un mendrugo de pan y un jarro de agua, retirándose precipitadamente.

Pero sí se incorporó cuando de nuevo le sacudió una mano imperiosa. Pegóse una palmada en la boca para reprimir el grito de sorpresa que en su brusco despertar le produjo el espectáculo qué veía.

Tres encapuchados de lúgubre apariencia, vestidos enteramente de rojo con amplios ropajes, y cuya única apariencia humana eran las dos pupilas que le miraban por los orificios de la capucha, estaban inmóviles ante él.

En la diestra lavaban un cirio, cuya llama acrecentaba con sus cabrilleos la tétrica visión.

—¡Repámpanos! —murmuró Lucientes con voz apagada, frotándose los ojos con la diestra—. ¿Qué enmascarada es esa?

Le devolvió prontamente la serenidad, ver al capitán Grinchon y dos mosqueteros que, al otro lado del camastro, le vigilaban. Dos espadas se apoyaban contra su pecho...

—Pocas bromas de esas —rezongó el madrileño, adosando sus espaldas contra la pared—. Pase lo de los pinchos en mi carne para que no me mueva. Pero mascarones como desayuno, son lo más apropiado para acelerar los latidos de mi sensible corazoncito. ¿A qué vienen esos disfraces?

Para los delitos de brujería, existía un tribunal especial, cuyos miembros, conservando la práctica antigua, revestíanse de ropas y capucha rojas, rociadas de agua bendita como exorcismo contra los poderes satánicos.

Uno de los encapuchados habló sonora y gravemente:

—Mañana en el acto del juicio serás sometido a tormento si persistes en negar tus prácticas de nigromancia, en las que tienes como principal colaborador al español Lezama, que contigo será juzgado porque su captura es inminente. Evitarás el tormento, si no la muerte a lento fuego de hoguera en plaza pública, confesando voluntariamente que los zíngaros Emmanuele y Câline, y el citado Lezama, fueron los que en aquelarre mañanero, vaciaron de sangre el cuerpo del infortunado barón de Rochefort. Te aconsejo que...

—¡Largaos todos, malditos os veáis, y musgo os crezca en las

lenguas por fétidas y mohosas! —prorrumpió Lucientes. Se refrenó porque al pretender avanzar el busto, en su exasperación, las dos espadas le mordieron a través de la tela— ¿Ni en la cárcel puede uno estar tranquilo?

—Al persistir en tu negativa, te haces reo de contumaz desacato a las conminaciones legales, y mañana serás sometido a tormento.

Dieron los tres encapuchados media vuelta, y con solemne andar lento abandonaron la celda, seguidos por los mosqueteros.

En la celda volvió a reinar la oscuridad, y Diego .Lucientes pasóse la diestra por la frente sudorosa.

—Córcholis... —musitó—. Yo no estoy soñando. ¿Qué gato encerrado hay en toda esa macabra intriga? Sólo renacen esas prácticas de capuchas y velones, cuando algún desquiciado que se siente aprendiz de brujo, mezcla pieles de culebra, rabos de lagartija y demás sandeces, o perfora con alfileres muñecos de cera a imagen de seres vivos...

Recordó la lectura del escribano y las palabras del encapuchado.

—Esto parece que va en serio. Esta gentuza se lo cree. Y... acusan también al hidalgo Lezama.

Se estremeció, recordando de pronto algunas palabras recientes.

—¿Tormento y hoguera a fuego pacífico? Pues sí que... sí que... ¡Valor y ánimo, Dieguito! Me huelo que estás al borde de un ciclón de pánico... ¡Que se calle la voz que me sopla helados cierzos! ¡Que el hidalgo Lezama al estar desprevenido caerá preso y con él se esfumará mi única esperanza! Razonemos con sensatez Hay testigos que demostrarán que el hidalgo y yo Estábamos en lugar muy alejado de donde Rochefort halló la muerte... Claro que son testigos poco propicios a nuestro favor. A tres les dimos muerte, y a dos les descalabramos. Y Raquel...

Un nuevo pensamiento sumió en zozobra al madrileño. Al mencionar, el nombre de la judía recordó las extrañas frases que el Pirata Negro había pronunciado a raíz de abandonar el despacho de la hermana de David Youpin.

Para que un hombre como Carlos Lezama, exento de supersticiones y temores, calificara a Raquel Youpin de «monstruo perverso», razones debía tener...

—¡Es ella! —» exclamó Lucientes, excitado—. ¡Ella es la instigadora tic toda esa macabra intriga! Eso es... Ella fue la que me

obligó a no batirme en duelo y…

Calló, porque su convicción menguaba rápidamente.

—Estaba con nosotros mientras mataban a Rochefort —murmuró.

Pero de nuevo sintió otro renacer de sospechas fundamentadas.

—Actuó con la complicidad, de esos dos zíngaros, el Emmanuele y la Câline. Naturalmente. Ella, ofendida por el desaire de Rochefort, planea su muerte y paga a los dos zíngaros… ¡Eso es!

Cruzóse de brazos, indignado.

—¿Por qué me elegiría a mí como cabeza de turco? Mejor dicho, como cabeza de brujo, exponiéndome a ser pasado por la parrilla.

Absorto en profundas reflexiones, no tuvo noción del tiempo que transcurría hasta que al oír el peculiar chirrido de los goznes, se incorporó, dispuesto a nuevas sorpresas.

La puerta quedó abierta y un mosquetero, reconocible por la Cruz de Lorena que llevaba bordada en el pecho y que la negra capa entreabierta dejaba ver, avanzó dos pasos y luego quedóse inmóvil con los brazos cruzados.

En la penumbra de la celda, Diego Lucientes disminuyó de estatura, al encogerse para distender sus músculos en salto agresivo hacia el que a solas venía a visitarle, para dirigir contra él quién sabe qué nuevas acusaciones…

—Tate… ¿Brincos mal intencionados contra mí, estudiante?

Diego Lucientes, ya proyectado hacia delante encubriendo el hierro con su manopla como vanguardia, vaciló en el aire, y cayó sobre sus tacones, como si hubiera recibido un mazazo.

El presunto mosquetero, que plásticamente, había perdido su inmovilidad dando dos pasos de costado, apoyó ambos puños en las caderas.

—¡Repámpanos, señor! —gritó el estudiante—. Brujería debe haber, porque en ti pensaba… y apareces… ¡Cuernos! —exclamó de pronto—. ¿Preso también?

Y el alborozo de su voz, trocóse en desaliento.

—La puerta está abierta, señor marqués —. dijo el Pirata Negro —. Veamos si alguien se opone a nuestra salida. Sígueme, a menos, que hayas cogido cariño a tu camastro.

En el corredor lóbrego, apenas iluminado por antorchas, Diego Lucientes, que andaba cautelosamente tras el pirata Negro, bisbiseó:

—Una espada, señor… —y su mentón señalaba hacia el grupo de mosqueteros que al extremo del corredor parecían aguardar.

—Ellos te darán la tuya en el cuerpo de guardia.

Diego Lucientes anduvo unos instantes como el beodo que intenta coordinar sus divagaciones. Pero las amplias espaldas del que le precedía le dieron ánimos para atravesar por entre los mosqueteros, crispados los puños, dispuesto a la lucha…

En el cuerpo de guardia, un rubio mosquetero de engallada perilla altiva, ojeó sólo un instante al recién llegado.

El Pirata Negro saludó al presentar :

—Mi amigo Diego Lucientes, señor d'Amboise.

Bussy d'Amboise efectuó un elegante ademán con su chambergo, retrocediendo la pierna izquierda, e inclinando el busto.

—Como jefe provisional de esta guarnición exterior del Chatêlet —dijo Bussy d'Amboise— me congratulo al devolveros la espada que os fue quitada injustamente. Tomad, señor.

Diego Lucientes, con expresión que a las claras, indicaba que no entendía nada de lo que ocurría, pero confortado por, la presencia del Pirata Negro, abrochóse el cinto con evidente satisfacción.

Otro mosquetero, de alta y flaca talla fibrosa, entró para decir con voz cavernosa:

—Respira tranquilo, d'Amboise. Tu protegido ha salido ya de esos muros y corre veloz hacia el refugio que tú concediste a su hija Câline.

—Gracias, Leclerc. Y ahora, señores, como jefe de la guarnición exterior del Chatêlet, os ruego abandonéis estos lugares.

Bussy Leclerc rió, más bizcos aún los ojos, y quitóse la casulla con la Cruz de Lorena. Lo mismo hizo el Pirata Negro, y el alto espadachín cogió por el brazo al que hizo lo mismo con Diego Lucientes.

—Pongámonos ya en marcha —dijo el Pirata Negro—. Hasta luego, Bussy d'Amboise.

En la calle, después de inclinarse al efectuar el Pirata Negro la presentación, Bussy Leclerc señaló hacia el este de la ciudad.

—Mi hermano posee una deliciosa casita en el arrabal de Saint-Dennis, señores españoles. Recoleta, y adornada de un jardín boscoso, propicio a las citas de amor que quieren rodearse de discreción, será el lugar donde hasta las cinco de la mañana estaréis

seguros de no ser importunados. Hacia allá corre el zíngaro Emmanuele, para reunirse con su hija Câline. No sé qué debieron hacerle, pero en sus gestos mostraba síntomas de eso que los que lo han sentido llaman miedo.

—Ahora con vuestra venia, Leclerc —dijo el Pirata Negro— explicaré lo sucedido a mi amigo, para que abandone este aire de colegial que no realza su belleza.

—Es que no comprendo cómo pudiste, señor Lezama, lograr que... En fin, tú dices que me lo explicarás.

Durante el trayecto Lezama fue contando todo lo sucedido, desde el instante en que a las puertas del Chatêlet, aguardó a que el capitán Grinchon le informase.

Cuando hubo terminado, Diego Lucientes, expuso las dos visitas que había recibido en su .celda, extendiéndose en imprecaciones contra conjura incomprensible que le acusaba no ya de asesinato, sino también de brujería y pactos con las potencias demoníacas.

—Esta es la casa de mi hermano, señores españoles —dijo Bussy Leclerc, deteniéndose en la calle en que se levantaban varias casas separadas por jardines—. No hay servidumbre, y Bussy d'Amboise tiene a gala que sus puertas no tengan cerrojo, porque nadie en París se atrevería a robarle ni a pretender sorprenderle con intenciones belicosas. Excusad mi ausencia, para que cumpla con el final de nuestra aventura.

—No conocemos a los zíngaros —dijo el Pirata Negro.

—Yo tampoco. Me limité a sacar al viejo de su celda.

—Un instante, Leclerc. ¿Podéis decirme lo que piensa hacer vuestro hermano?

—Aguardar a que a las cinco de la mañana acuda el relevo de la guarnición.

—¿Y vos?

—Ir al «Cocq d'Or», donde dos de mis mozos de espada, dan guardia al posadero y a los once con los que ejercitamos nuestros estoques. Acompañaré al capitán Grinchon y a sus hombres hasta Le Chatêlet. Cuando llegue el relevo, los dos Bussy beberán una copa con el capitán Grinchon y el oficial entrante... y después e1 Rey decidirá. Los Bussy cometieron muchas genialidades, y siempre 1es fueron perdonadas, porque no las negaron. Buena suerte, señores españoles. Y ya sabéis —añadió Bussy Leclerc, apuntando hacia el

Pirata Negro con un índice erecto—: tengo vuestra palabra de que a la primera ocasión que se os presente, acudiréis a mi sala, para que sostengamos los cuatro asaltos convenidos.

Alejóse el espadachín a largas zancadas felinas. Empujó al Pirata Negro la puerta del jardín, entrando en él.

—Son un par de locos, señor —musitó Lucientes—. Por haberme facilitado 1a fuga, les apresarán a ellos, por más confianza que tengan en sí mismos.

—Tú lo has dicho, estudiante. Pero no les acusarán de brujería...

—Me apena, señor Lezama, que haya tenido mi libertad a costa de perjuicio contra esos dos locos simpáticos.

—Tate... Ya era hora que coincidiéramos en algo, estudiante. Tampoco yo quiero que los Bussy paguen por tu libertad y la mía. D'Amboise me rogó que en su nombre advirtiera a Câline y su padre que se pongan inmediatamente en marcha y vayan a ocultarse en la finca de campo que él posee en Le Perigord. Vayamos al aquelarre —añadió sonriendo— ¿No eres tú brujo, yo tu cómplice y los dos zíngaros nuestros satélites? Vayamos pues al aquelarre, que al menos en un detalle lo es: en que es de noche.

Entraron en la caga, y recorrieron todas las habitaciones sin hallar rastro alguno de ser viviente. Tampoco e1 jardín mostró la menor señal de esconder a nadie en sus múltiples recovecos.

El Pirata Negro volvió a entrar en la casa, y sus manos fueron levantando los tapices que a trechos cubrían las paredes. Pensaba que a aquella casa, debían acudir damas, a las que el guapo d'Amboise debía tranquilizar asegurándoles que, en caso de visitas inoportunas, hallarías refugio y. escondrijo seguro.

Cuando levantaba uno de los tapices, tuvo que saltar hacia atrás evitando por fracciones de segundo la centelleante hoja de un puñal...

El tapiz cubría la entrada a un estrecho recinto donde un hombre viejo se agazapaba, y ante él erguía el busto una zíngara de luminosa belleza arrogante, manteniendo aún en la diestra el puñal con el que había querido herir al Pirata Negro.

—No pondréis la mano encima de mi padre —exclamó en un francés exótico, al que el acento italiano prestaba melodiosas cadencias.

El Pirata Negro hizo una leve reverencia.

—No temáis, señora.

—No añadas la burla. Soy una zíngara.

—Una zíngara fue mi esposa, Câline —dijo el Pirata Negro con persuasivo acento y fijando en ella sus ojos, en los que alentaba una pasajera melancolía—. Tranquilizaos y que el puñal vuelva a su sitio. No hace aún media hora, Bussy Leclerc dio libertad a vuestro padre Emmanuele, mientras yo hacía lo mismo con el caballero aquí presente, que es aquel a quien las autoridades acusan de haber dado muerte a Rochefort, con la complicidad mía y vuestra. Bussy d'Amboise te ruega os haga saber que hasta las cinco de la mañana disponéis de sobrado tiempo para poneros en camino hacia su finca de campo del Perigord, donde estaréis seguros, hasta que quede aclarado el error y se desvanezca esta intriga macabra, a cuyo fin consagraré mis esfuerzos.

La zíngara fue descendiendo la mano armada, mientras el viejo Emmanuele se ponía trabajosamente en pie.

—Tan sólo deseo, antes de que os pongáis en camino, que me digáis si sabéis quién os acusó de rondar por el domicilio de Rochefort a la hora en que el barón halló atroz muerte.

Emmanuele tendió las dos manos temblorosas.

—¡Los jueces no quisieron prestarme crédito, mi buen señor! —barbotó.

—Callad, padre —atajó ella—. ¿Cómo sabéis que estos dos caballeros dicen verdad y no pretenden cogernos en vida?

—El caballero... —y Emmanuele señaló los cabellos de Lucientes es tal como me lo describió el juez. Y hablan con acento español, hija mía. Y Bussy d'Amboise no habría revelado a nadie dónde te ocultabas, ni aún bajo el tormento.

Los argumentos del zíngaro hicieron que Câline enfundara el puñal en su escote. Emmanuele siguió hablando:

—Huid, señores, huid. Es una red de araña la que nos envuelve como moscas. En la noche de ayer, una mujer enmascarada fue a visitarnos en nuestro cobijo del Monte Saint-Dennis. Nos dijo que hoy por la mañana, entre siete, y nueve, estuviéramos por los alrededores de la calle des Oripeaux entre los números dieciocho y veintiocho. Que tendríamos ocasión de ganar mucho dinero. Se fue, tras dejarnos una bolsa con veinte luises. Esta mañana estuvimos allí, y aproximadamente hacia las ocho, vimos llegar a un jinete en

compañía de otro. Se despidieron y el más alto, entró en la casa señalada con el número veintidós. Yo no pude retener a mi hija, porque estaba citada con Bussy d'Amboise a las ocho y media. Me quedé solo. Y de pronto, transcurridos escasamente unos cuartos de hora, cuatro corchetes me apresaren, acusándome de haber contribuido a un espantoso crimen. ¡Os juro, señores, que nada tuvimos que ver en todo eso!

—Al igual, y sin jurároslo, os digo —rezongó Lucientes—. ¿No podríais reconocer a la dama enmascarada?

—No, señor. Era de noche y estuvo poco tiempo con nosotros. Nos habló desde el interior de una carroza, sin blasón, conducida por un lacayo sin librea. Todo cuanto sé, es cuanto he contado. Y ni siquiera conocíamos al barón de Rochefort...

—Vámonos, padre. Poneos a salvo. Salgamos de París, mientras 1a noche nos ampare. ¿Corre peligro el señor d'Amboise? —inquirió ella, mientras pasaba su brazo bien torneado alrededor de los hombros del anciano zíngaro.

—Ninguno, señora —dijo el Pirata Negro—. Idos confiada, que a la vez que transmita al señor d'Amboise la seguridad de que estáis ya a salvo, camino del Perigord, le felicitaré porque vuestra belleza disipa en estos instantes toda la negrura de esa trama criminal.

Emmanuele, en cuyo demacrado rostro leíase aún las huellas de un reciente pavor, salió enlazando el talle de la esbelta zíngara.

Al quedar solos, el Pirata Negro sentóse en un confortable diván. Diego Lucientes paseóse de arriba a abajo del pequeño saloncito.

Por espacio de varios minutos, ambos guardaron silencio.

—¿Andando como gato en saco, resuelves algo, señor marqués de Avapiés? —preguntó al fin, Lezama.

—No. Pero me desbravo, señor. ¿Por qué será que donde yo vaya, armo la de San Quintín?

—Dirígete otra pregunta. Di ¿quién será esa enmascarada? Y ten por seguro que si lo supiéramos, habríamos dado con la instigadora de toda esa sucia maniobra...

—¿Has pensado en Raquel Youpin?

—Pensé. ¿Motivos?

—Su acendrado odio contra Rochefort, que la burló.

—Supongamos que fue ella. ¿Cómo podemos demostrarlo? Mientras Rochefort era asesinado, estaba con nosotros.

—¡Rayos y cuernos! Obliguémosla a cantar, señor. Llamas en los pies y todo lo necesario… Pero ¡esto debe terminar!

—Es una mujer, estudiante.

Diego Lucientes denegó.

—Quebraderos de cabeza que resolveremos inmediatamente, señor.

—¿Sí? ¿Cómo?

—¿No está tu velero en algún puerto de Francia?

—Está en Burdeos.

—Dos caballos, señor, y a sacarle polvo a la carretera. Cuanto más polvareda nos separe de París, mejor. Y una vez en tu velero, rumbo al Caribe, entonaré una canción cuyo refrán dirá —y el estudiante canturreó— «Si me muero o me pierdo, nunca busquéis ni mi tumba ni mi rastro en el París maldito de la hedionda Francia».

—No doy el pláceme a tu letrilla, estudiante. No olvides que a mi sangre española se une la de un conde de Ferblanc, que nació en París y a mucho honor tengo tal progenitura. Sigues siendo un despreocupado alocado, señor Lucientes. ¿Porque te den una coz en Amberes vas a decir que todos sus habitantes son asnos? Continuemos en nuestro aquelarre. Cierto que irte al «Aquilón» sería una magnífica solución para que tu cuero no huela a quemado.

—¿Verdad que sí? Dejemos que los jueces sigan chocheando. Tendrán ahora más razón, si pretenden que por artes de magia me evaporé.

Y Diego Lucientes rió alegremente. Pero la carcajada del Pirata Negro fue breve y cortante.

—Estúpido —mascullé Lezama.

—¿Quién? —inquirió Lucientes.

—Tú, señor marqués de Avapiés. ¿Conque te parece inteligente tu proposición? ¿Y los hermanos Bussy?

—Saldrán del paso. Gozan al parecer de gran prestigio en París, y ya pude apreciar la seguridad con que afirmaban que todo se les consideraría como un pecadillo.

—Considero muy humano y lógico, que te evapores, estudiante. Merca pues caballo, y vete al puerto de Burdeos. En una de las islas Becassine está el «Aquilón». Aguárdame allí.

—¿Y tú, señor?

—Yo me quedo hasta que mi curiosidad quede saciada.

—Tú quieres quedarte, señor, porque crees que los dos Bussy corren peligro. No por curiosidad. Pero yo...

—No te lo reprocho. Vete y aguárdame en el «Aquilón». Ya hallaré yo la solución. Ni en esta ocasión ni en ninguna, quiero que nadie pueda decir que yo dejé en la estacada a dos valientes que me ayudaron. Y me revienta también que mi papel hasta ahora haya sido pasivo.

—Estás en París, señor, y es tierra donde tú solo no puedes mandar, porque hay un rey, verdugos y jueces.

—En París, o en la corte de; los Zares, yo soy mi rey, mi juez y mi verdugo.

—Considero desplazada tu decisión, señor. Los dos Bussy no corren el menor peligro. Verás lo que ocurrirá. El propio Grinchon dirá que fueron artes diabólicas las que me liberaron, y quedaron los Bussy a salvo de toda responsabilidad.

—Así será, seguramente. Bien, señor marqués de Avapiés, ponte en camino.

Diego Lucientes vaciló unos instantes, fue a tender la diestra, y no lo hizo.

—Hasta la vista, señor. Poco airosa es mi postura, pero... ¡A mi encapuchados, no!

—¿Quién te lo reprocha? ¿Acaso yo he dicho nada en contra de tu idea que estimo muy razonable por lo que a ti respecta?

—No... Pero tu sonrisa...

—¿Tendré que pedirte permiso para torcer los labios si tal se me antoja? Anda, estudiante, galopa hacia Burdeos. Y aguárdame allí.

Diego Lucientes dio una brusca media vuelta, y sonaron sus taconazos rabiosos unos instantes. Después reinó el silencio.

El Pirata Negro se encogió de hombros al cabo de unos instantes.

—Tiene razón el mozo —monologó.— No iba a quedarse... Pero me ha defraudado. Se portó como un marqués de Avapiés, y no como el pirata que conmigo se vio en tantos trances.

Iba a levantarse, cuando se arrellanó aún más. En el umbral del saloncito, Diego Lucientes se detuvo.

Guiñó el ojo picarescamente, mientras se pellizcaba el labio inferior.

—Es noche de aquelarre, señor. La luna brilla acerada... He

pensado que yo soy un cadáver. No tengo pues derecho a vivir.

—Estás en pie y un caballo te llevaría a Burdeos rápidamente.

—He meditado, señor, que si me asan en tu compañía, tendré con quien charlar en el infierno. ¡Me quedo!

—No te consideres obligado por amistad a forzar tu valentía.

—¿Valentía? Tengo un miedo cerval, señor. Pero .contigo... tendré menos miedo... Y que sea lo que tú quieras.

El Pirata Negro se puso en pie.

—Huyendo habrías demostrado tu culpabilidad, brujo pelirrojo.

—Que me hubiesen echado galgos. Me tiene sin cuidado lo que de mi puedan pensar.

—Me desilusionas —dijo el Pirata Negro sonriendo irónicamente.— Yo creía que habías variado de parecer, pensando en que no querías mácula en tu blasón de marquesado.

—Bien sabes que a mí se me da una higa de jueces y comadres. He vuelto... he vuelto... ¡porque me ha dado la gana!

—Bien hablado, señor Lucientes. ¿No has vuelto por los Bussy?

—Que les parta un rayo a los dos a la vez.

—¿Por saber acaso si es Raquel la que mueve los hilos de esa intriga macabra?

—Invoco el mismo rayo para ella.

—¿Acaso porque te dolía que dos franceses pudieran decir que un español había huido del peligro?

—Estoy muy por encima de honrillas de raza. En todas partes cuecen habas.

—Entonces, ¿por qué no pones larga distancia entre tu piel que me huele a quemada y París?

—Porque... en otras peores nos vimos, señor. Y cuando me asen rociándome con el propio jugo que mis carnes destilen, sólo pienso decirte una cosa, tan solo una.

—¿Cuál?

—Te diré: «Creo que en Burdeos estaríamos mejor, señor Lezama».

—Y tendrías razón, señor Lucientes. Pero ahora atiende, bellaco del demonio, brujo de a ochavo la docena. ¿Crees acaso que me deleita el pensamiento de que podamos ser asados?

—A veces, señor, pienso que tus caprichos son ton geniales, que hasta quizá serías como la vanidosa que decidió morirse, para que

la gente hablase de ella. Pero como en ti no hay vanidad, dado el monstruoso orgullo que tienes, supongo que tu inteligencia verá el modo de que los Bussy salgan con bien... y yo también.

—Fin del aquelarre —dijo el Pirata Negro— ¡Al Chatêlet!

* * *

Bussy d'Amboise se acercó a la cancela para cerciorarse que los dos mozos de espada de su hermano tenían toda la marcialidad requerida en dos presuntos mosqueteros.

Después recorrió el recinto que formaba una construcción totalmente independiente del resto de la fortaleza prisión.

En el alojamiento donde el sargento y los diez mosqueteros de la escuadra del capitán Grinchon estaban amordazados y atados, leyó las instrucciones escritas para asesoramiento de los oficiales de guarnición.

A continuación, para ir matando el tiempo, se dirigió al cuerpo de guardia; arrellanándose en el sillón del, oficial, y colocando sus botas encima de la mesa, dedicó a pensar en los encantos de Câline.

Cuando oyó la voz cavernosa y enfática de Bussy Leclerc, no se movió de su posición. Pudo ver como por la abierta cancela y custodiados por dos mozos de espada, iban pasando los amordazados mosqueteros que acababan de descender de dos carrozas.

Fueron a rellenar el alojamiento donde ya en la misma situación se hallaban el sargento y los otros diez.

La voz de Bussy Leclerc ordenó a sus dos mozos:

—Devolved las carrozas al mesonero. Y recordadle mi promesa. Toda esta noche ha estado ciego y sordo. Nadie le pedirá cuentas más que un Bussy.

Se puso en pie d'Amboise cuando entró Roger Grinchon, que sin mordaza ni ligaduras ostentaba en el semblante una palidez de mal augurio.

—A las cinco os cederé el mando, señor capitán —dijo d'Amboise saludando cortésmente.

Roger Grinchon más que hablar mordió las palabras.

—Esta vez, señores Bussy, os habéis propasado. Si el Rey toleró de los Bussy muchas extravagancias, mi coronel no tolerará que se haya infligido tan grave ofensa a sus mosqueteros.

Bussy Leclerc fue a sentarse cerca de donde su hermano, en pie,

presentaba a Grinchon el sillón que acababa de abandonar.

—Os pertenece el sillón, señor capitán.

Sentóse Roger Grinchon pesadamente.

—Os apreciaba, señores Bussy, pero aunque en el fondo siga considerándoos dos galantes caballeros, cuando al amanecer sea relevado, os emplazo uno tras otro a duelo. Habéis destrozado mi carrera, a la vez que es habéis hecho reos de un delito que el Rey no perdonará. Vos perdisteis vuestra sala de armas, Leclerc, y vos no seréis ya el solicitado de las damas, d'Amboise. Y yo he perdido mi honor. Por eso quiero y prefiero hallar la muerte espada en mano, tan ponto sea relevado.

Bussy Leclerc bizqueó, encogiéndose de hombros.

—No exageréis, mi buen Grinchon. Total, ¿qué ha ocurrido? Nada. Con solo diez hombres no podíais tener la pretensión de vencer a tres estoques de la talla de quien los manejaba. Nadie lo sabrá. Cuando venga el relevo, hallará veinte mosqueteros, un sargento, y su capitán. Tenéis nuestra palabra.

—Yo sabía que no me haríais incurrir en la humillación voluntariamente, señores Bussy. Pero no lo podéis evitar. Les dos presos han huido. Tanto el que estaba en su celda, como él que yo tenía que conducir a otra. ¿Cómo explicaré eso?

—Muy sencillo. Una vez hecho el relevo, d'Amboise y yo os acompañaremos a vuestro coronel. Le diré que d'Amboise y yo, pusimos en libertad a los dos españoles, sorprendiendo vuestra buena amistad.

—No creerán que pudisteis engañarme, señores, porque los Bussy tienen en su blasón la frase: «Nunca mintió un Bussy».

—¿Acaso es mentira? —protestó d'Amboise—. ¿Mi hermano y yo no ayudamos al español?

—¿Por qué, señores, por qué? —se lamentó Grinchon ceñudamente.

—Me debía y me dará cuatro asaltos —dijo Leclerc con el hondo convencimiento del que aporta un argumento definitivo.— No podía pues consentir que le apresasen cuando mi conciencia sabe que tanto él como su amigo, son inocentes.

—No podía yo consentir que Emmanuele y su hija compartieran el peso de una acusación falsa —dijo d'Amboise, fieros los ojos en su aniñado semblante.

—Pero, señores —quejóse Grinchon— la ley es la ley. Os habéis erigido en defensores de una causa que…

—…que es justa porque la defendemos —rebatió d’Amboise.

—Pero, no debisteis intervenir en ella, más que con pruebas en contra de la acusación, pero no espada en mano. ¡Mis mosqueteros presos en la propia guarnición que defienden!…

—No les duele, porque han sido dos Bussy los que les vencieron.

—No seáis niños, señores.

—¿Eh? —se engalló d’Amboise.— ¿No desearéis irritarme, supongo, capitán Grinchon?

El mosquetero se cruzó de brazos, congestionado el semblante.

—No hay discusión posible con un Bussy —exclamó— ¡Desarman con tanta ingenuidad!… Os maldeciría señores, si no fuera que de todo el mal que habéis causado es culpable vuestro buen corazón. Intervinisteis en defensa de dos españoles acusados de brujos…

—Ni lo son ni admito que lo creáis, señor capitán —chilló d’Amboise.

—Yo no creo ni dejo de creer, d’Amboise. Veo tan sólo que tendré que romper mi espada porque me faltan dos presos encomendados a mi custodia. La romperé ante mi coronel, y yo sé que después el mismo me concederá el honor de morir donde debe caer un mosquetero. En el campo de honor y ante una espada invencible como la vuestra o la vuestra.

Y dedicó una rígida inclinación a los dos hermanos.

—No enfoquéis el asunto en forma tan dramática mi buen amigo —dijo Leclerc sonriendo afectuosamente.

—¡Por cien mil paren tic pistolas! —estalló Roger Grinchon— ¿No os dais cuenta o no os queréis dar cuenta? Dos presos se han fugado…

—¿Quién dice tal cosa? Uno de ellos volverá. Lo prometió, y Bussy Leclerc sabe cuando un hombre cumple la palabra que empeña.

La frase de Leclerc no amenguó la cólera de Grinchon.

—Dando por hecho que uno de ellos vuelva, nada se soluciona, Leclerc. Queda en pie el hecho tic que un preso encomendado a mi custodia se fugó. ¿Y mi pundonor?

—¿No pretenden los jueces que son brujos? Decid que huyeron

utilizando artes diabólicas —sonrió d'Amboise—. Más aun cuando en una celda está el propio señor Monsieur de Saint-Just.

Roger Grinchon abatió los brazos colmada su indignación.

—¿E] acusador real? —sólo pudo musitar abatido.

—El mismo. Buena jugarreta ¿no os parece?

Y Bussy Leclerc rió con satisfacción.

Roger Grinchon venció su abatimiento y murmuró:

—Es lamentable, señores Bussy, que veáis una jugarreta en cuanto hacéis. Muchas y sonadas han sido vuestras hazañas, y el Rey siempre sonrió y dijo: «Un nuevo pasatiempo de los Bussy»... Pero esta vez no habrá tal comentario. Prescindamos de que está en juego el honor de los mosqueteros; tened presente que habéis dado libertad a dos hombres a los que se les acusaba de un delito igualable en gravedad al de lesa majestad.

—Un Bussy no podía tolerar que el Rey firmara, sin darse cuenta de ello, una condena injusta y calumniosa —dijo Leclerc enfáticamente.

—Ya os dije que lo que debíais hacer era presentar pruebas ante el Tribunal, pero no... En fin —y Roger Grinchon abatió de muevo los brazos— ya está hecho. ¿Puedo poner en libertad a mis mosqueteros?

—Indudablemente. Y a las cinco nos invitaréis a la copa de relevo, señor capitán. Cuando hayáis terminado, daré orden a mis mozos de que se vayan —dijo Bussy Leclerc—. Para eso dejé la cancela abierta.

—Deberías haber leído las instrucciones para el oficial de guardia, Leclerc —reprochó su hermano, seriamente—. La cancela no permanecerá abierta más que el tiempo estricto y necesario...

Roger Grinchon se puso en pie, pesadamente. Había perdido toda la marcialidad que el largo servicio rutinario habla impreso en sus movimientos, y casi fue un hombre sin resortes vitales el que ante los dos hermanos Bussy dijo:

—Sólo a los Bussy les podría yo perdonar lo sucedido, porque si han destrozado mi carrera, también ellos, haciendo una pirueta, han destrozado sus vidas.

Salió cansinamente, arrastrando los pies,

Bussy Leclerc bizqueó mirando a su hermano.

—En parte tiene razón el mosquetero, d’Amboise. Le pueden

exigir responsabilidades.

—¿Cómo le van a exigir responsabilidades a un hombre, por más mosquetero que sea, si tuvo por adversarios a los Bussy? No digas necedades, Leclerc.

—Es verdad. El Rey no tomará decisión alguna contra él. A lo más, nos desterrará a nosotros un par de meses, si se enfurece. Pero no lo creo porque es cosa que no perdonaría de buen grado a Luis, a menos que al regreso del destierro me presentara excusas. ¡Hola, señor español!

En el cuerpo de guardia entraron Lezama y Diego Lucientes. Tras ellos y en el colmo de la sorpresa, Roger Grinchon se apoyó en el respaldo de un sillón.

No habla podido llegar al alojamiento donde estaban presos sus mosqueteros, porque parecía que un rayo le había fulminado cuando al mirar hacia la abierta cancela, guardada por los falsos mosqueteros, había visto entrar a los dos acusados de brujería y asesinato.

—¿Câline? —preguntó d'Amboise.

—Ella y Emmanuele están ya camino del Perigord.

—¿Parecía triste por tener que separarse de mí?

—En efecto, d'Amboise. Pero estaba con la idea de que salvaba la vida de su padre y pronto estaríais vos con ella.

Bussy d'Amboise atusóse la perilla con ademán complacido.

—¿Nos invitáis a una copa, capitán Grinchon? —inquirió el Pirata Negro volviendo la cabeza hada el mosquetero. Este, boquiabierto, parecía fascinado por la presencia del español pelirrojo, que se había sentado en un escabel, silencioso y ceñudo.



De las cuatro mejores espadas...

—Sed amable, capitán —apremió Bussy Leclerc—. Vos sois el oficial en servicio, y a vos os toca escanciar a la salud de las tres mejores espadas del mundo.

—De las cuatro mejores espadas —corrigió el Pirata Negro señalando al madrileño.

—Vuestro amigo debería haber ido con los zíngaros —dijo Leclerc.

—Cierto —aprobó d'Amboise—. No debe estar aquí a las cinco de la mañana —y de pronto se envaró mirando a su hermano:— Cuando hables de mi amada, Bussy Leclerc ten la cortesía de llamarla Câline.

—No por ser zíngara deja de ser una dama en la que tu corazón se ha posado, Bussy d'Amboise —dijo Leclerc.

—Deseo pedir un favor al señor capitán Grinchon —dijo el Pirata Negro.

El aludido, que extraía un frasco de un mueble, volvióse con él en las manos.

—Si testimonia que tanto el señor marqués como yo, logramos evadirnos y voluntariamente vinimos a entregarnos, ¿no mejorará la situación de los cinco presentes?

Roger Grinchon dejó caer el frasco, que se hizo añicos en e1 suelo.

El Pirata Negro prosiguió:

—Por más tribunales que existan, el propio Rey habrá de reconocer que si yo y mi amigo, pudiendo estar muy lejos, volvimos voluntariamente a nuestras celdas, es porque nos consideramos totalmente ajenos a brujerías y muertes.

Bussy Leclerc y su hermano miraron al Pirata Negro. Al fin, el mayor de los Bussy dijo enfáticamente:

—No lo consiento, señor español. Porque adivino lo que se esconde tras vuestro galante ofrecimiento. Suponéis quizá que al buen Grinchon y a nosotros dos nos puede recaer perjuicio, y la proverbial hidalguía española ha encaminado vuestros pasos y los de vuestro amigo. Mas se alianza en nosotros la convicción de que obrando como obramos, los Bussy se pusieron de parte de la razón evitando que Luis, por ignorancia do los hechos, cometiera una solemne injusticia. ¿He hablado bien o no, Bussy d'Amboise?

—Desde que esta tarde nos vimos en el «Coq d'Or» hasta el momento presente, estas han sido tus más acertadas frases, Bussy Leclerc.

Roger Grinchon estaba pendiente de los labios del que parecía ser personaje de alta categoría y nobleza de espíritu, por cuanto los Bussy no sólo habían tomado su defensa, sino que se hallaban dispuestos a sacrificarlo todo en contra de la decisión del español de entregarse al arbitrio de la justicia.

El Pirata Negro expuso su principal argumento:

—Hay un motivo más importante en mi decisión, señores. Según tengo entendido, se ha dudo por indiscutible la veracidad de la persona denunciante. ¿Por qué? ¿Por su alto rango o por su afinidad con el barón de Rochefort? Lo cierto es que me ha sido imposible saber de quién se trata. Y sólo podré saberlo de una forma.

—Decidla, y veamos qué relación tiene con vuestro propósito.

—Según Prosper Taquin, será citado el denunciante como principal testigo, en el acto del juicio. Para que sepamos quien es, preciso nos será que haya juicio. No lo habría sin acusados. Es por lo tanto incuestionable que una vez conocida la personalidad del denunciante, yo sabré hallar los argumentos precisos para rebatir la acusación. Será candidez, pero no puedo creer que un tribunal

condene a dos hombres, cuándo estos voluntariamente aceptan el ser juzgados. ¿No es esta vuestra opinión, capitán Grinchon?

—Ya que me lo preguntáis, os diré, señor, que con vuestra actitud conciliáis a vuestro favor la gratitud de un mosquetero que desde este instante os considera, así como a vuestro amigo, totalmente exento de los cargos infames y deshonrosos que, forzosamente fueron hechos por malentendido o villanía de la denuncia.

Volvióse hacia los dos Bussy, y casi implorante, añadió:

—Atendedme una súplica, señores. Yo pediré no ser relevado. Cuando venga el oficial con su escuadra, solicitaré continuar de servicio, basándome en el deseo de asistir al juicio que tendrá lugar en la cámara del cuerpo de guardia. Y os prometo señores Bussy, que el Tribunal atenderá las justas razones de los dos caballeros. Os doy mi palabra de que no se cometerá tropelía ni injusticia. Inocentes son los que si fueran culpables, no estarían aquí por propia voluntad.

—¿A qué hora ha de celebrarse el juicio? —inquirió Bussy Leclerc.

—A. las once, el oficial de guarnición tendrá que llevar a los dos acusados a la cámara alta —recitó Grinchon.

Bussy Leclerc se levantó. Colocóse ante el Pirata Negro.

—¿Puedo dirigiros unas palabras a solas, señor español? Con la venia de los presentes.

Carlos Lezama siguió al flaco espadachín hasta el exterior. Volvieron minutos después, y el pirata Negro sonreía. .

—Señor capitán Grinchon. Cuando queráis... Con sumo placer, nuestro amigo y yo cumpliremos con nuestra obligación, de presos, que es la de estar encerrados.

Diego Lucientes suspiró, poniéndose en pie. Roger Grinchon, radiante el rostro, sentóse y garabateó rápidamente varias líneas.

—Doy parte a mi coronel. Explico que habiéndose fugado, mis dos presos, por respeto al cuerpo de mosqueteros, y por la convicción de que son inocentes, se reintegraron voluntariamente a sus celdas.

CAPÍTULO VIII

La "falsedad" de los Bussy

Antes de mandar vuestro parte, señor capitán —intervino Bussy Leclerc— es preciso un trámite. El señor español restituirá a «Monsieur» de Saint-Just a su domicilio. Por el camino le explicará determinadas cosas muy interesantes.

—Hasta el fin de mi existencia he de recordar esta noche, señores-dijo el mosquetero —. Como ejemplo de caballerosidad, pero también como símbolo de irrespetuosidad con las ordenanzas. Mi destino y mi carrera están en vuestras manos, señores. Queda aún una hora para el relevo. Iré mientras tanto a liberar a mis mosqueteros, y a la vez les leeré la cartilla de mis instrucciones, repitiéndoles que el credo mosquetero les exige ciega fidelidad al jefe. Y he de pedirles olviden que ha existido esta noche. Bajo palabra de honor y la cumplirán, por pundonor y amor propio, nunca comentarán lo sucedido.

—¿Debo ir a mi celda? —inquirió Lucientes, con aire de víctima resignada y dispuesta a todo sacrificio.

—Hacedme el honor de consideraros huéspedes del cuerpo de guardia, señor —dijo Grinchon.

—Hasta la vista, capitán —saludó Bussy Leclerc—. Mi hermano y yo nos retiramos con mis mozos. Gracias por el usufructo de vestuario. Y recordad, que los mosqueteros tienen un lustre más que añadir a los que bien ganados tienen: dos Bussy consintieron en ostentar la Cruz de Lorena durante unas horas.

Ambos hermanos fueron a estrechar la diestra del Pirata Negro.

—Es mi mayor —dijo d'Amboise, señalando con la perilla a Leclerc—. No sé lo que ha imaginado, pero confiad en nosotros, señores.

Diego Lucientes correspondió al saludo de ambos espadachines, y se quedó a solas con Lezama, al irse también Grinchon.

—Cuando regrese de acompañar A «Monsieur» de Saint-Just, después de explicarle, entre otras cosas, lo sano que es para un juez meditar en una celda sobre lo incómodo de estar preso injustamente, te hablaré a ti, porque muy a gusto entraré en celda en tu compañía.

—Si tú confías en los Bussy, señor, en ti confió yo. Ellos dos me parecen harto cumplidores de sus palabras.

—Tanto es así, que precisamente por una falsedad de los Bussy, quedará evidenciada nuestra sinceridad. Hasta pronto, señor Lucientes.

* * *

«Monsieur» de Saint-Just, cuando dormía en su mullido lecho, quedaba harto de sueño a las cinco de la madrugada, y cronométricamente se ponía en pie a tal hora.

Pero en aquella noche aciaga, sus costumbres habían sufrido un hondo desarreglo. Quizá nunca había efectuado tanto ejercicio físico como el que llevaba realizado, desde que viéndose encerrado ignominiosamente en una celda del Chatêlet, no sabiendo cómo exteriorizar la indignación que le alocaba, estuvo paseando por el estrecho recinto obscuro, en impaciente caminata limitada, cuyo ritmo fue decreciendo a medida que las horas pasaban.

Al oír que la puerta se abría, precipitóse al exterior. Una mano le contuvo… y «Monsieur» Saint-Just palideció al reconocer a su aprehensor.

—Yo os encerré, yo os libero, señor. Tened la bondad de seguirme, que os dejaré de nuevo en vuestro domicilio. Pero antes os impongo una mera formalidad.

Y el Pirata Negro enseñó el blanco lienzo que llevaba en la mano.

—Para vuestros ojos, señor acusador. No debéis ver hasta que os lo permita. Y si gritaseis en petición de auxilio, sería vuestro último grito vital, cosa que ambos lamentaríamos.

Dejóse rondar el magistrado, y conducido por el brazo fue andando dócilmente. No sentía el menor deseo de protestar, porque tenía la convicción de que su rebeldía no sería tolerada por el español de fiero perfil insolente.

Sintió contra su rostro el cierzo fresco del amanecer cercano, que en la noche callejera tenía otro aroma que el húmedo de los grises murallones del Chatêlet.

Cuando le fue quitada la venda, hallóse ya lejos de la fortaleza. Y por incongruente paradoja tuvo ahora más miedo que cuando se hallaba entre las cuatro paredes de la celda.

Quizá era fácil de adivinar su temor, porque su acompañante, que debió captar telepáticamente sus sensaciones, sonrió al decir:

—No comprendéis porque os saqué contra vuestra voluntad del lecho para encerraros en calabozo, del cual yo mismo, quizá también contra vuestra voluntad, os he sacado. Ha sido una lección experimental, «Monsieur» Saint-Just. Debería considerarse tema obligatorio de estudio para todos los jueces, antes de que pronunciaran sentencias, permanecer meditando en la soledad de una mazmorra, presos injustamente. Quizá así pensarían mejor su resolución antes de condenar a aquellos cuya culpabilidad no quedase demostrada.

—No sé a dónde me conducís ni cuál es vuestro propósito, pero os juro que vuestra impudencia hallará Castigo.

—¿Lo creéis así? Pensad en lo que os voy a sugerir. No habéis perdido el don de la vista. Miradme. ¿Estoy o no libre?

—No sé de qué diabólicos recursos os habéis valido para soslayar la prisión a que os condujo el capitán de guarnición...

—No os quebréis los cascos. ¿Estoy o no libre?

—Desgraciadamente, ya soy vuestro prisionero.

—En efecto. Por lo tanto, si yo fuera culpable, y mi amigo también, nos hallaríamos muy lejos de París, ¿no es así?

—Hay vanidades de bandido que...

—Si os enteráis de que tanto el principal acusado como yo, nos restituimos a la celda, ¿qué os sugeriría tal proceder?

La incredulidad fue evidente en él rubicundo rostro del magistrado.

—El escarnio parece ser vuestro favorito pasatiempo.

—Contestadme: Si os dijeran que los presos que se evadieron de la celda del Chatêlet a ella regresaron, ¿qué consecuencias sacaríais?

—Que confiaban en la justicia, y con ello demostraban que se tenían por absolutamente ajenos a cuantas imputaciones se les

hicieran. Pero hablamos teóricamente...

—¿No es aquella vuestra casa? Ya no hay teoría. Dentro de un instante estaréis en ella, y yo me reincorporaré al Chatêlet como preso.

«Monsieur» Saint-Just sentía aumentar su zozobra a medida que veía aproximarse la acogedora sombra de su hogar...

—Y vos, «Monsieur» de Saint-Just, no mencionaréis nada de lo sucedido. Quizá porque no os creerían, y por encima de todo, porque si os prestasen crédito, seríais el hazmerreír de todo París, tanto de los aristócratas como de los plebeyos. Oigo los comentarios: «El juez preso y liberado por sus propios acusados...»

Soltó Lezama el brazo del magistrado.

—Cuando esté formado el tribunal y a las once se dé la orden de que los dos acusados sean conducidos a vuestra presentía, recordad tan sólo que un culpable, hallándose completamente libre como mi amigo y yo, no se presentarla voluntariamente ante sus jueces. Hasta la vista, ya, «Monsieur» de Saint-Just.

Pesé a su habitual agilidad mental, tardó varios minutos el magistrado en darse cuenta de que hablase marchado el extraño español, y de que se hallaba ante su puerta.

Empujó rápidamente la puerta tras abrirla, y en el tibio interior de su hogar, dejóse caer en un sillón. Su pesadilla habla tenido el más inopinado de los epílogos.

* * *

Diego Lucientes y Roger Grinchon demostraron que no poseían dotes de conversadores, o que en aquel momento no encontraban temas sobre los que hablar.

De vez en cuando, el capitán mosquetero tendía a su preso la copa en que había escanciado vino, y Diego Lucientes demostraba que no estaba de buen temple, porque bebía sin paladear, por beber y hacer algo distinto de permanecer sentado y en silencio.

La llegada del Pirata Negro, saludado por los dos mosqueteros que se hallaban de guardia en la cancela, reanimó al madrileño.

—Bien, señor capitán. Pronto vendrá el relevo. Por tanto, estimo necesario que no abusemos más de vuestra compañía, y hacednos el honor de precedernos hacia la celda.

Roger Grinchon levantóse.

—Cumpliré con ese trámite, señores, aunque me repugne. Lo

que los Bussy defienden es una causa justa, y a ella me sumo. Pero es preferible que sea defendida de acuerdo con la ley.

—Y si la ley persiste en su ceguera, ¿quién me enfriará los huesos calcinados? —rezongó Lucientes.

—En fin, confío en el hidalgo Lezama...

—Y confiad también en los Bussy y en mí, señor —rebatió el mosquetero, engallándose.— Tengo mi pundonor, y presto estoy a sacrificar mis principios y el respeto que debo a la ley, si presenciara la menor injusticia.

Antes de cerrar la puerta de la celda, en la que hizo colocar dos antorchas, después de despedirse como un anfitrión que agasaja a unos invitados distinguidos, Roger Grinchon añadió:

—Cuando el coronel La Fournaise sepa lo sucedido, que privadamente yo le explicaré, tendrá un gran concepto de vuesas mercedes.

Se cerró la puerta, después de que Grinchon repitiera mudamente su gesto de excusa. Al sentarse el Pirata Negro en el camastro, Diego Lucientes empezó a pasearse arriba y abajo del calabozo.

—El coronel La Fournaise tendrá un gran concepto de nosotros... —fue diciendo.— ¿De cuándo acá, señor, te importan las opiniones ajenas? Yo preferiría mucho más pasar por brujo y estar pisando la cubierta del «Aquilón». Lo lamentable es que no sea capaz de la menor brujería, y que cuando los encapuchados nos obsequien con los hachones del verdugo, no pueda, con palabras mágicas, transformar las llamas en terciopelos acariciantes. Ayer no sé si por la tarde o brillando la luna en el exterior, que aquí no había luz, el encapuchado que llevaba la voz cantante me dio grandes esperanzas de que e1 festejo que se aproxima ha de resultar muy divertido. Empezarán por darnos tormento, para ir haciendo boca, y después... Créeme, señor, grande es mi confianza en ti. Pero tan grande es también la desconfianza que me inspiran los encapuchados y toda esa ralea de hombres de leyes.

—Evitarás el tormento de un modo sencillísimo,

—¿Cuál, señor? Soy un chico que se tiene por listo, pero no acierto a dar con la brujería que me evite las cariñosas atenciones del verdugo incendiario.

—No tienes más que admitir cuantas acusaciones te imputen.

Diego Lucientes cesó en sus paseos. Se cruzó de brazos, y su perplejidad resultaba cómica por los esfuerzos que hacia intentando vencer su miedo y su indistinción.

—No le he oído bien, señor.

—Es sencillísimo. El que lance la primera acusación te dirá por ejemplo: ¿Reconoces haber dado muerte a Julio César?, y tú lo admitirás muy humildemente, diciendo con reposado continente: «Lo reconozco». Y como no harás protestas de inocencia, no serás sometido a tormento, que es tan sólo empleado contra los imbéciles que no quieren dar su brazo a torcer.

—Pero, ¡repámpanos, señor!... Evitaré el tormento, y en volandas y con gran regocijo, me llevarán a la hoguera antesala del averno. Para no beber cicuta me darán «aqua taffana». Para evitarme cosquillas, me darán el mazazo definitivo.

—¿Acaso yo estaré mientras jugando al naipe en isla antillana? Estaré donde me corresponde. En el estrado, junto o ti, Y también reconoceré cuanto me quieran endilgar.

—¡Maldito sea yo si entiendo una pala palabra de todo eso, señor! Me tienes en ascuas simbólicas precediendo a las reales con que nos aguardan varios hornillos, tenazas y demás herramientas de tocador. ¿No estábamos libres? ¿Para qué tanto enredo?

—Una vez hayamos admitido nuestra culpabilidad, aparecerá el principal testigo: el denunciante. Eso es lo que he pretendido, y por esa razón nos comportamos como dóciles presos.

—Bien, señor. ¿Y cuando sepamos quién nos denunció falsamente, qué habremos logrado? ¿Tener un nombre qué maldecir mientras nos den vuelas en la brocha? Me comporto como un Sancho, pero estimo que mi curiosidad no llega a tanto, y que me tiene sin cuidado saber quien ideó esta diabólica trama. Del mismo modo que me tenía sin cuidado que acusaran al marqués de Avapiés, y lo llenaran de lodo, mientras Diego Lucientes, se rellenara la tripa a gusto a bordo de tu velero.

—Habla los dos Bussy... ¿Hubieses aceptado tu salvación a costa de dos hombres que sacrificaban todo cuanto tenían por corazonada de valientes quijotes?

—Algún resquemor me hubiera quedado... pero siempre hubiera sido menor a la quemazón de leños bajo mis pies. Nunca amé las intrigas, señor, pero de esta hecha les he cogido un asco que

perdurará perennemente en mí. ¿No tienes a bordo y dispuestos siempre al combate a una reata de valientes pelones? Más seguro estaría si rotulasen por los alrededores las jetas de los tripulantes del “Aquilón”.

—Cuanto poseo en el mundo en la honrilla de darle a cada cua1 la táctica combativa que exige. ¿Intriga nos dieron? Se la devolvemos generosamente. Y ahora, estudiante, imítame. Durmamos, que ya nos despertarán.

* * *

En el transcurso de las primeras horas de la mañana «Monsieur» de Saint-Just habla luchado constantemente contra la tentación.

Una tentación lógica que le impelía a revelar lo sucedido. Pero pudo más el eco de ciertas palabras:

«...y seríais el hazmerreír de todo Paris, tanto de los aristócratas como de los, plebeyos. Oigo los comentarios: El juez preso y liberado por sus propios acusados».

La vasta experiencia del magistrado le había hecho reconocer en distintas ocasiones ajenas a su persona, que en Paris, el ridículo destrozaba con implacable seguridad una carrera.

Por eso, como si nada de particular hubiera quebrado la monótona regularidad de su existencia, a las once menos cuarto, reunió el legajo de documentos que precisaba, y acompañado de su ayudante partió .en dirección hacia Le Chatêlet.

Las cancelas del cuerpo de guardia fueron abiertas, y Roger Grinchon le saludó con su espada.

Tosió levemente Saint-Just antes de preguntar:

—¿Alguna novedad esta noche, capitán?

—Las que hubieron las comuniqué en parte escrito a mi coronal.

La seca respuesta le hizo recordar que no era personaje grato a los mosqueteros del Rey.

—Recibí nota de vuestro coronel, en la que me manifestaba algo en que no puede creer, capitán.

—Vigilad vuestras palabras, señor —gruñó Grinchon.— Si mi coronel os manifestó cualquier extremo, no os permitáis la irresponsabilidad de dudarlo. En la cámara alta os esperan, señor.

«Mensieur» de Saint-Just subió hasta el aposento situado encima del cuerpo de guardia, donde tenían lugar los juicios sumarísimos que daban fin a aquellos procesos cuya índole de extrema gravedad

no consentía la celebración de la vista en público.

La sala, de por sí poco alegre, era entonces aún más tétrica, porque a los sombríos colores de sus muebles, los rojos ropajes de los tres encapuchados añadían una nota trágica.

Saint-Just, a los tres conocía porque eran altas personalidades y categoría social elegidas por su probidad.

Sentados tras la mesa cubierta con tela roja, los tres prohombres devolvieron el saludo de Saint-Just.

Cabrilleaban en sus ropas los destellos de las llamas de los candelabros, y en la mesa, aparecían tres velones a la diestra de cada encapuchado, a efectos de exorcismo, según prescribía la ordenanza relativa a, los casos de enjuiciamiento de delitos en que tenía participación lo sobrenatural.

Procedió Saint-Just a revestir la roja capucha y el ropaje del mismo color, al igual que su ayudante. Y sentóse de frente al estrado donde los tres encapuchados evocaban una visión de aquelarre.

A la señal del que ocupaba el centro de la mesa, un hombre vestido de mallas rojas, y llevando un antifaz del mismo color, quitó las telas que, en el espacio abierto entre la mesa del tribunal y otro estrado, cubrían varios instrumentos traídos de antemano; Un caballete con púas, un potro torniquete, varios hornillos y tenazas.

El verdugo asió un fuelle, soplando con él en las brasas recubiertas con ceniza de los dos hornillos, en los que depositó las tenazas.

—¡Dad la orden!

La voz del presidente hizo que les dos mosqueteros de guardia en el umbral, se cuadrasen.

—¡El tribunal aguarda!

La exclamación de uno de los mosqueteros, se reprodujo en ecos y poco después un sargento, al frente de seis hombres, ocupó estratégicamente la sala.

Y Roger Grinchon apareció espada al hombro, seguido por Diego Lucientes y el Pirata Negro.

—¡Los presos!… —anunció como era obligado.

Se apartó dos pasos, para que Lezama y Lucientes subieran al estrado que daba frente al Tribunal, teniendo al costado al encapuchado «Monsieur» de Saint-Just.

En la trayectoria visual entre la mesa principal y el lugar en que se hallaban ambos, era rectilínea, pero en posición inferior veíanse el instrumental de tormento y los preparativos del verdugo.

—Si chillar me calmase, señor, chillaría —musitó Lucientes, sudoroso.

Uno de los encapuchados se levantó. Actuaba de secretario.

—Como preliminar al acto por el cual Su Majestad nos confiere plenos poderes de decisión, los reos serán sometidos a interrogatorio, advirtiéndoles que la contumaz negativa no alterará la verdad de los hechos enunciados.

Espectral y escalofriante en su atuendo, hizo una pausa.

—Antes de que e1 señor acusador real pase al uso de la palabra, formularé la primera pregunta de las que me incumben como secretario del tribunal. Contesta, reo de falsedad por indebido uso de titulo. ¿Declaraste a David Youpin que eras marqués de Avapiés?

—Lo declaré —, replicó Lucientes mirando de soslayo al Pirata Negro, que con los brazos cruzados, en tranquila actitud parecía escuchar una amena conversación.

—¿Valido de tu falsedad, retaste a duelo al difunto barón de Rochefort?

—Valiéndome de mi falsedad reté a duelo al barón de Rochefort.

—Tu reconocimiento de faltas, abreviará e1 trámite por el que serás conducido a la hoguera en plaza pública.

—Lo que me temía... —: musitó el madrileño—. Pero ya está en danza la peonza. Que siga girando...

—Hable el reo en voz alta e inteligible para este tribunal —ordenó la voz sonora aunque velada por la capucha.

Decía que reconozco que merezco mil hogueras públicas.

—¿Diste muerte al barón de Rochefort?

—Se la di.

—¿Con la complicidad de macabras brujerías?

—En efecto.

—Tu imprudencia roza el límite de la insania mental. ¿Cuáles fueron tus cómplices?

—Yo —intervino el Pirata Negro.

—Cedo la palabra al señor acusador real con la venia de su excedencia —y el encapuchado saludó a1 presidente antes de sentarse.

«Monsieur» de Saint-Just tosió bajo la capucha.

—Para apoyar cuantos cargos sean efectuados, será precisa la presencia del denunciante, que ratifique sus acusaciones. Pero antes debo hacer constar al dignísimo tribunal que obra en mi poder una declaración que someto al estudio de sus excelencias.

Alisó Saint-Just un papel que su ayudante había entresacado de otros.

—El coronel de La Fournaise, cuya honorabilidad se empañaría si incurriera en el error de ensalzarla, declara que los dos acusados se evadieron al filo de la medianoche, y dos horas después se reintegraron presos voluntariamente para manifestar con ello que se consideran inocentes de cuantas imputaciones se les han dirigido. Aun en mis funciones de acusador, no puedo dejar de hacer constar tal actitud.

—Reconocieron sus delitos —habló el presidente por vez primera.

—Actitud aconsejable para evitar el tormento —rebatió Saint-Just con amplio ademán de sus mangas—. Y tan sólo podrán ser ajusticiados si el denunciante ratifica y sostiene su denuncia. Ruego por tanto al Tribunal tenga a bien llamar al testimonio principal.

Uno de los encapuchados se puso en pie, y descendió del estrado. Quitóse la capucha, mostrando un rostro enjuto, de labios delgados y piel lívida.

La afilada nariz y los ojos anchos y luminosos, prestaban a sus rasgos cierta belleza afeminada.

—Yo, duque Retors, ratifico mi denuncia, acusando a los dos reos de haber dado muerte al señor barón de Rochefort.

El Pirata Negro miró sorprendido al que hablaba. Un desconocido... La persona que esperaba como denunciante era muy distinta...

—Duque Retors —exclamó enfáticamente «Monsieur» de Saint-Just. .

—Nadie puede poner en tela de juicio vuestra palabra de honor.

«Monsieur» de Saint-Just se levantó, quitándose la capucha. Solemnemente, sin mirar a los dos españoles, exclamó:

—Queda pues demostrado que los dos reos son culpables, y por tamo cúmplase la sentencia del Tribunal; sean conducidos a plaza pública, y hallen la muerte a fuego lento.

El Pirata Negro lanzó una carcajada sarcástica.

—¿Hasta la palabra de honor de un hombre que mancha su título, para condenar a dos inocentes?

—¡Verdugo! —conminó el propio Rétors—. Encadena a los reos. ¡Capitán! Proceded a dar custodia segura a…

El verdugo, que se encaminaba hacia el estrado de los acusados, y Grinchon, que se disponía a actuar muy distintamente a como esperaba el tribunal, se detuvieron.

Los dos mosqueteros del umbral acababan de repiquetear con los pomos de sus espadas contra los maderos, exclamando al unísono:

—¡Paso al correo del Rey!

Un individuo vestido de amarillo y llevando en bandolera un tahalí con un emblema de luises formado por pequeños diamantes, entró en la sala.

Llevaba en la diestra u pergamino arrollado..

—¡Mensaje Real para el señor acusador!

«Monsieur» de Saint-Just cogió é mensaje, cuyos lacres rompió precipitadamente. Leyó… y miró severamente al duque Retors.

Llevó el mensaje a los dos encapuchados. Y el breve contenido, al ser leído, produjo en ambos la misma reacción. Miraron con fijeza al duque Retors.

—¡Capitán Grinchon! —ordenó Saint-Just—. ¡Custodiad al duque Retors!

—¡Exijo explicación a tal ofensa! —clamó el misterioso calumniador.

El Presidente se levantó con lentitud y su dedo apuntó hacia —el semblante lívido y morbosamente enfermizo del duque Retors.

—Contra vuestra palabra de honor, duque Retors, han surgido dos inapelables. Su Majestad recuerda que et blasón de los Bussy ostenta el lema de que un Bussy nunca mintió, y Bussy d’Amboíse y Bussy Leclerc afirman bajo su palabra de honor que los presuntos inculpados no pudieron dar muerte al barón de Rochefort, porqué desde la hora en que se separaron del barón en los Campos Elíseos, hasta el momento en que se procedió a detener al principal acusado, ambos estuvieron en compañía de los hermanos Bussy. ¡Duque Retors! ¡Ante el Rey responderéis de vuestra denuncia!

Quitóse el presidente la capucha, y añadió:

—En cumplimiento del mensaje, queden pues los dos presuntos

reos aojados en el cuerpo de guardia, con todas las consideraciones debidas y bajo amistosa custodia del capitán Grinchon, en espera de la decisión Real.



El próximo episodio «La mujer vampiro» revela la incógnita complicada e histórica que conmovió París. La alianza más tenebrosa en el Mal de las fuerzas demoníacas.